

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA

Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica  
Especialidad de Historia de la Filosofía y Pensamiento  
Contemporáneo

Trabajo Fin de Máster

Las sendas de la razón poética de María Zambrano

Autora: Marta Val Jiménez

Tutor: Rafael Herrera Guillén

Madrid, Febrero 2013

## ÍNDICE

### 1. INTRODUCCIÓN

### 2. LA SENDA VITAL Y CREATIVA DE MARÍA ZAMBRANO

2.1. Nacimiento de la vocación por la filosofía y tentaciones de renuncia a ella

2.2. El exilio, la bajada a los ínferos y la salvación gracias a la razón poética

2.3. La crisis de Europa y la razón poética como razón creadora y renovadora

2.4. El ocaso de su vida y la aurora de su razón poética

### 3. LAS SENDAS DE LA RAZÓN POÉTICA

3.1. La razón poética: razón comprensiva, integradora y generadora de esperanza

#### 3.2. Filosofía y Poesía

3.2.1. *Pensamiento y poesía*

3.2.2. *Poesía y Ética*

3.2.3. *Mística y Poesía*

3.2.4. *Poesía y Metafísica*

3.2.5. *Poesía*

#### 3.3. Claros del Bosque

3.3.1. *Incipit vita nova: bajada a los ínferos y regreso a la vida*

**3.3.2. *El vacío y el centro***

**3.3.3. *La metáfora del corazón***

**3.3.4. *Los claros del bosque***

**3.4. De la Aurora**

**3.4.1. *La Aurora***

**3.4.2. *La aurora de la palabra***

**3.4.3. *La llama de la Aurora***

**4. CONCLUSIONES**

**ÍNDICE ONOMÁSTICO**

**BIBLIOGRAFÍA**

El andar errante corresponde a un lugar perdido, con el temor de que sea para siempre. De ahí las salvadoras palabras de San Agustín, el africano, que dice: “Vuelve a ti mismo, en el interior del hombre habita la verdad”. Y es que la condición originaria, la inocencia primera, por algo, se nos perdió; al menos, a los llamados protagonistas de la cultura de Occidente<sup>1</sup>.

## 1. INTRODUCCIÓN

María Zambrano anduvo errante durante toda su vida: exiliada tras la guerra civil española, y en continuo peregrinar por América y por Europa hasta su vuelta a España en el ocaso de su vida. Exiliada también, esta vez por elección, de un pensamiento filosófico heredado en el que no encontraba su lugar; María Zambrano no sólo viajó impenitentemente de un país a otro, sino que recorrió numerosos *senderos, veredas, vericuetos, trochas y caminos de sirga* en busca de esa verdad de la que no le daban razón, ninguna de las corrientes filosóficas que con tanta pasión estudió y, después, enseñó en las aulas de tantas y tan distantes universidades.

Desde sus primeros años de estudiante, María Zambrano creyó que el pensamiento occidental se había extraviado deslumbrado por razones matemáticas y por destellos obsesivos de objetividad científica. En algún momento aciago de la historia, la Filosofía se había transformado, en su opinión, en una mera ciencia de ciencias; abandonando así, cual lastre que debiera soltar para continuar viaje, su vocación de «cauce de vida».

Con el fin de retomar el sendero correcto y dirigir el pensamiento hacia el verdadero centro del ser, la autora malagueña propone una nueva brújula que nos guíe hacia la salida de las nieblas que impiden la visión más allá del razonamiento occidental heredado: la razón poética.

Orientarnos por el compás de la razón poética requiere tiempo, paciencia y una serenidad de las que «el azacanado hombre de hoy y de antes» no dispone ni cree necesario disponer. Sin embargo, tiempo, paciencia y serenidad son indispensables para

---

<sup>1</sup> M. ZAMBRANO, *Notas de un método*, Editorial Tecnos, Madrid, 2011, 99.

recorrer «el camino recibido»<sup>2</sup> de María Zambrano. Leer a Zambrano requiere una disposición de ánimo y un tiempo de sosiego de los que nadie parece disponer, ni en estos días ni en esta latitud de estrés y velocidad vertiginosa.

La lectura de la obra de María Zambrano requiere reposo y quietud, requiere ser atendida con todas las facultades del espíritu y requiere también que la verdad desvelada en la lectura se pose lentamente, y en silencio, en nuestra razón y en nuestra reminiscencia. Por ello es tarea difícil el escribir y el hablar sobre María<sup>3</sup>.

Quietud y reposo al que me tuve que obligar para entender, paso a paso, las imágenes poéticas de la obra de María Zambrano, cada vez más crípticas y hermosas. Imágenes que me cautivaron y sedujeron para emprender el camino que ahora culmino con este trabajo de fin de máster basado en la autora malagueña y en su razón poética. No solo andaba azacanada sino también perdida sin saber siquiera adonde me dirigía. Sin embargo, como si el poeta de María Zambrano fuese, en mis manos cayó, graciosamente, su obra *Filosofía y Poesía*, señal e indicación de las siguientes etapas de la ruta. «Y la unidad y la gracia que el poeta halla como fuente milagrosa en su camino, son regaladas, descubiertas de pronto y del todo, sin rutas preparatorias, sin pasos ni rodeos. El poeta no tiene método...»<sup>4</sup>.

Y al igual que el poeta que «tiene lo que no ha buscado y más que poseer, se siente poseído»<sup>5</sup>, así descubrí, o me fue regalada por el destino, la razón poética de María Zambrano. Me sentí poseída con esta primera obra y proseguí con la lectura de otras de la misma autora, por el mismo orden en el que las consideraré en este trabajo.

---

<sup>2</sup> Título de un ensayo de María Zambrano incluido en M. ZAMBRANO, *Notas de un método*, Editorial Tecnos, Madrid, 2011, 79.

<sup>3</sup> A. MARÍ, “Presencia de la revelación”, *El pensamiento de María Zambrano*, Zero Cultural, Madrid 1986, 74-75.

<sup>4</sup> M. ZAMBRANO, *Filosofía y poesía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010 (quinta reimpresión), 25.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, 41.

De esta manera, comencé a recorrer la primera senda de la razón poética zambranaiana, senda ancha y llana con *Filosofía y Poesía*, y algunos de los ensayos recogidos en *Hacia un saber del Alma*. Sin embargo, poco a poco, el desnivel y la falta de aliento comenzó a sentirse con las lecturas de *Claros del Bosque*, sin encontrar ningún claro donde descansar del trazado del sendero, cada vez más empinado y descompuesto. Y aún quedaba recorrido hasta culminar *De la Aurora*, con sus abismos y precipicios donde las figuras poéticas y las descripciones pictóricas fatigan a los más inexpertos. Las sendas de la razón poética de Zambrano se complican para cerrar el paso a los simples oportunistas y, sólo son visibles para iniciados que se dejen guiar:

El camino escondido, el de la sabiduría secreta, el tercer camino, no se abre sin un guía y no se entra por él sin que el corazón se haya movido y la mente le obedezca. Sólo cuando el corazón ha desfallecido a pique de anonadarse y se alza luego, hace seguir a la mente sus secretas razones<sup>6</sup>.

Pretendo en este trabajo de fin de máster, recorrer de nuevo las sendas de la razón poética roturadas por Zambrano gracias a las tres obras mencionadas: *Filosofía y Poesía*, *Claros del Bosque* y *De la Aurora*. Siguiendo sus consejos, deberemos dejarnos llevar por el corazón y la intuición con el fin de avanzar por las aguas llenas de figuras literarias de este nuevo cauce de vida que propone la autora. Y si en algún recodo del camino, un párrafo oscuro nos deja enriscados en una confusión de la que nos sentimos incapaces de escapar, confiemos en nuestra guía, María Zambrano, y sigamos su melodía:

De ahí que el que recibe un camino-guía haya de salir de sí, del estado en que está, haya de despertar no a solas sino en verdad dentro ya de un orden; y el que siga este

---

<sup>6</sup> M. ZAMBRANO, *Notas de un método*, Editorial Tecnos, Madrid, 2011, 81.

camino recibe en las escasas palabras y en las enigmáticas indicaciones las notas, en sentido musical, de un Método<sup>7</sup>.

## 2. LA SENDA VITAL Y CREATIVA DE MARÍA ZAMBRANO

### 2.1. Nacimiento de la vocación por la filosofía y tentaciones de renuncia a ella

María Zambrano nació en Vélez (Málaga) en 1904 en el seno de una familia dedicada a la enseñanza, tanto su padre, Blas Zambrano, como su madre, Araceli Alarcón, eran maestros de escuela. En 1909 toda la familia se traslada a Segovia donde su padre accede a la cátedra de Gramática Castellana en la Escuela Normal. Durante los años en los que la familia reside en Segovia, su padre participa activamente en los círculos políticos y culturales de la vieja ciudad castellana e intima con Antonio Machado. La amistad entre el padre de María Zambrano y el poeta, honda y sincera, perdura en el tiempo a pesar de la distancia física que posteriormente les separa. He aquí el extracto de una carta enviada por el poeta a María Zambrano desde Rocafort (Valencia), poco antes del fin de la guerra civil; poco antes, por lo tanto, del fallecimiento de Blas Zambrano y la marcha al exilio de Antonio Machado.

Diga V. a su padre, mi querido D. Blas, que lo recuerdo mucho, y siempre para deseárselo toda suerte de bienandanzas y de felicidades. Dígale que, hace unas noches, soñé que nos encontrábamos otra vez en Segovia, libre de fascistas y de reaccionarios, como en los buenos tiempos en los que él y yo, con otros viejos amigos, trabajábamos por la futura República. Estábamos al pie de su acueducto y su papá, señalando a los arcos de piedra, me dijo estas palabras: “Vea V., amigo Machado, como conviene amar las cosas grandes y bellas, porque ese acueducto es el único amigo que hoy nos queda en Segovia<sup>8</sup>”.

---

<sup>7</sup> M. ZAMBRANO, *Notas de un método*, Editorial Tecnos, Madrid, 2011, 80.

<sup>8</sup> M. ALONSO, *Antonio Machado, Poeta en el exilio*, Anthropos Editorial del Hombre, Barcelona 1985, 254.

La labor literaria y de concienciación política de Blas Zambrano no sólo deja su impronta en Segovia; sino que marcó hondamente el desarrollo intelectual y político de la filósofa malagueña, quien siempre le consideró un maestro.

En los años veinte, María Zambrano estudia Filosofía en la Universidad Central de Madrid, donde asiste a clases de Ortega y Gasset, y de Xavier Zubiri, manteniendo con ambos una gran amistad. Si en alguna ocasión, en esos años de estudiante, se sintió tentada a abandonar lo que siempre consideró su vocación vital, la Filosofía; sus maestros (y más tarde, compañeros) de esa época siempre le apoyaron para que no desfalleciera en el camino elegido, y recibido.

En ese texto expreso la imposibilidad que sentí de seguir estudiando Filosofía, justamente en el momento en el que comenzaba a hacerlo, atraída por igual según estaba por la “oscuridad” de Zubiri, y la claridad, transparencia le llamaría, del pensamiento de Ortega y Gasset que explicaba a la sazón a Kant. Entre estos dos polos que me aprisionaban y me hacían sentir que nunca podría entender nada...

A nadie comuniqué mi decisión de dejar de estudiar filosofía, pero luego, un día inolvidable, del mes de mayo había de ser, por una de las rendijas del edificio de San Bernardo que daban a un patio y que era una cortina negra, entró un rayo de claridad: el profesor Zubiri explicó nada menos que las Categorías de Aristóteles, y yo me encontré, no dentro de una revelación fulgurante, sino dentro de lo que siempre ha sido mejor para mi pensamiento: la penumbra tocada de alegría<sup>9</sup>.

Durante estos años de estudiante, participa también en múltiples tertulias literarias, colabora en periódicos y asiste a numerosos actos políticos. Desarrolla una clara actividad pro republicana y anti monárquica, mediando siempre entre las generaciones más jóvenes de intelectuales, que sueñan con una España renovada, y la generación mayor, la generación de su segundo maestro tras su padre, D. José Ortega y Gasset.

---

<sup>9</sup> M. ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Editorial, Madrid, 2008 (séptima reimpresión), 10.

Desde 1931 a 1936, María Zambrano fue profesora auxiliar de la Cátedra de Metafísica en la misma Universidad donde cursó sus estudios, la Universidad Central de Madrid. Es el momento en que Zambrano comienza su nunca terminada tesis doctoral —de la que únicamente ha quedado un artículo, “La salvación del individuo en Spinoza”, de 1936.

Conviene, aquí, hacer un alto en el camino para destacar la gran influencia de la obra de Baruch Spinoza en el desarrollo posterior de la razón poética de nuestra autora, pues «los jalones de esta razón los encontró en Spinoza, Plotino, Scheler, Ortega y los poetas»<sup>10</sup>.

Más adelante en el camino, nos volveremos a encontrar con Spinoza y su idea de salvación como guía en la senda creativa de Zambrano; sólo adelantar en este parada que estudiando a este místico de la razón María Zambrano revierte las palabras y se adentra en lo que ella denomina la mística de la razón, concepto que bien podría considerarse como el precedente de la razón poética que supone el contenido central de este trabajo. A pesar de la admiración que profesaba la autora a este filósofo, como hemos dicho, Zambrano nunca llegó a terminar esta tesis inmersa como estaba en la agitada vida política de la capital durante esos años.

He aquí el segundo elemento clave de la primera etapa vital de María Zambrano cuando comienza a darse cuenta de que «le duele España»: la visión permanente de España como problema, un problema que la filósofa verá agravado cuando el fin de la guerra civil le fuerce a un exilio casi de por vida.

La atracción que ejercía sobre María Zambrano la agitación social y política durante los años treinta, sus ansias de renovación, compartidas con gran número de amigos y compañeros de todos los ámbitos culturales y, la sensación de tantas cosas que había por hacer le tentaron, en dos nuevas ocasiones, a abandonar la filosofía:

---

<sup>10</sup> M. SUANCES MARCOS, *Historia de la filosofía española contemporánea*, Editorial Síntesis, Madrid, 2010, 473.

La segunda vez que sentí la tentación de apartarme de la filosofía fue atraída por el pensamiento, entonces común entre cierta clase de juventud, de que lo importante era rehacer España, propósito que guiaba a la Federación Universitaria Escolar, la muy gloriosa y olvidada F.E.U. que sostenía ser apolítica, mas en realidad siendo política en el más noble de los sentidos.

Mi tercera “renuncia” a la filosofía sucedió con motivo de las elecciones que trajeron la República, elecciones en las que tanto ardor desplegué. Una alta personalidad, que tenía poder para ello, D. Luis Jiménez de Asúa, catedrático de Derecho Penal, me ofreció un escaño del Partido Socialista. De haber aceptado tal ofrecimiento, habría formado parte de aquellas Cortes que fueron inigualables y en las que se encontraba, entre otros muy relevantes, Unamuno y Ortega...<sup>11</sup>.

Sin embargo, las tres veces superó la prueba y no renunció a su vocación filosófica; aunque, quizás, la tercera prueba fuera la más dura en este camino que acababa de comenzar.

Decir que no tuve una cierta nostalgia de ello aquel verano sería encubrir. Pero me había ocurrido lo siguiente: cuando al volver de la entrevista con Don Luis Jiménez de Asúa, a quien le había dicho que el socialismo me era muy cercano pero que yo no servía para la política, me llegué a mi cuarto y me puse a estudiar *Historia de la Filosofía*, precisamente el capítulo de los pitagóricos, y mi padre entró, con ese respeto que no deshace la intimidad, preguntándome si acaso yo tenía alguna duda acerca de la decisión que acababa de tomar. No sin cierta pausa yo le contesté que ahora lo que me importaba de veras era lo que estaba haciendo, seguir estudiando a los pitagóricos. Mi padre que había sido socialista hasta el momento mismo en que apareció la República, me besó en la frente y se retiró silenciosamente<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> M. ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Editorial, Madrid, 2008 (séptima reimpresión), 11.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, 11-12.

Es en estos años de participación política intensa, en plena República, cuando comienza a distanciarse de sus maestros en las disciplinas filosóficas, tanto en el terreno político como en el metafísico. Comienza en estos años a escribir sobre la nueva razón que persigue la autora y que en los años siguientes se dará a conocer como la razón poética; alejándose así de la razón vital de Ortega y la inteligencia sentiente de Zubiri. En concreto, su ensayo *Hacia un saber del alma*, escrito en 1934, dio lugar a la siguiente anécdota, relatada así en una entrevista que le hace Antonio Colinas a María Zambrano:

Yo siempre he ido al rescate de la pasividad, de la receptividad. Yo no lo sabía, pero desde hacía muchos años yo también andaba haciendo alquimia. La cosa comenzó hace ya muchos años. Mi razón vital de hoy es la misma que ya aparece en mi ensayo *Hacia un saber sobre el alma*, libro que se va a reeditar. Yo creía, entonces, estar haciendo razón vital y lo que estaba haciendo era razón poética. Y tardé en encontrar su nombre. Lo encontré precisamente en *Hacia un saber sobre el alma*, pero sin tener todavía mucha conciencia de ello. Yo le llevé este ensayo, que da título al libro, al propio don José Ortega, a la *Revista de Occidente*. Él tras leerlo, me dijo: “Estamos todavía aquí y usted ha querido dar el salto al más allá”. Esto lo cuento por primera vez, es inédito.

- ¿Podemos decir que en esta anécdota tiene su raíz el que hayas sido considerada no sólo alumna predilecta de Ortega, sino también su alumna más heterodoxa?

- Exactamente. Desde ese mismo momento. Yo salí llorando por la Gran Vía, de la redacción de la *Revista*, al ver la acogida que encontró en don José lo que yo creía que era la razón vital. Y de ahí parten algunos de los malentendidos con Ortega, que me estimaba, que me quería. No lo puedo negar. Y yo a él. Pero había... como una imposibilidad. Es obvio que él dirigió su razón hacia la razón histórica. Yo dirigí la mía hacia la razón poética<sup>13</sup>.

Como colofón de estas cortas líneas sobre la relación de Ortega y Zambrano utilizaré las propias palabras de su coetáneo, el filósofo Aranguren. Aranguren no sólo opina que María Zambrano fue una excelente discípula heterodoxa de su maestro; sino que también destaca que la gran distancia que se separa a María Zambrano del resto de

<sup>13</sup> G. GÓMEZ CAMBRES, *El camino de la razón poética*, Editorial Ágora, Málaga 1992, 86-87.

orteguianos es su utilización del lenguaje. Sírvanos esta observación para mostrar unas pinceladas de los que desarrollaremos más tarde en el contenido central del trabajo. En opinión de Aranguren, mientras en Ortega es fácilmente separable el pensamiento de las palabras con que lo expresa, eso no es posible en María Zambrano porque en ella «las palabras y las ideas están mucho más íntimamente unidas»<sup>14</sup>.

El pensamiento de María Zambrano es verdaderamente un pensamiento poético... Bueno, la filosofía de Ortega se hizo con ideas y la filosofía poética de María Zambrano se hizo con palabras. Las palabras llegan de dentro de ella misma, pero son inseparables de las ideas, y eso creo yo que es lo verdaderamente fundamental de esta distinción entre el maestro y la discípula<sup>15</sup>.

Retomemos ahora la senda vital del Zambrano. En 1937, María se casa con Alfonso Rodríguez y parten juntos hacia Chile donde él ha sido nombrado secretario de la embajada española de Santiago de Chile. En el largo viaje hasta Santiago de Chile recala, entre otros lugares, en La Habana donde conocerá a quien se convertirá en su gran amigo de por vida, José Lezama Lima. Ese mismo año, ya en Santiago de Chile escribe *Los intelectuales en el drama de España*, obra en la que se recogen diversos ensayos sobre el nacimiento de la «inteligencia fascista» en España, la necesidad de una «razón militante», pero sin armas, que combata a la anterior; y reflexiones sobre el carácter conflictivo y nihilista de los españoles. Desde Chile seguirá apoyando la causa republicana por todos los medios que tenga a su alcance. Cuando esta causa ya parece perdida para todos, el matrimonio vuelve a España para apoyarla.

Meses después, cuando fue llamada a filas la quinta de mi compañero, decidimos regresar a España, en el momento que era más evidente que nunca la derrota de la causa

---

<sup>14</sup> J.L. ARANGUREN, “Filosofía y Poesía”, *El pensamiento de María Zambrano*, Zero Cultural, Madrid 1986, 113.

<sup>15</sup> *Ibíd.*

en la que creíamos. ¿Y por qué vuelven ustedes a España si saben muy bien que su causa está perdida? Pues por esto, por esto mismo<sup>16</sup>.

Finalmente dejan el país, país que tanto añorará y al que no volverá ya hasta los años ochenta, arrastrando por todos los lugares del mundo por donde pase o donde resida, la pesadumbre (esa palabra tan española que tanto le gusta) de ser una exiliada: «Es la *pesadumbre*, esa palabra tan hondamente española, la pesadumbre que proviene siempre del corazón»<sup>17</sup>.

## 2.2. El exilio, la bajada a los ínferos y la salvación gracias a la razón poética

Comienza María Zambrano su destierro viajando de Barcelona a París, donde deja a su madre y a su hermana; marcha de París a Méjico, haciendo de nuevo escala en la Habana. En Méjico se une a otros muchos exiliados, eminentes científicos o intelectuales huidos de España. En la Casa de España de Méjico da varias conferencias antes de marcharse a Morelia, capital del estado de Michoacán. Es allí, «en el cálido otoño de 1939», cuando escribe *Filosofía y Poesía*, primera senda de la razón poética que recorreremos más adelante, sin mucha dificultad.

Este libro, me sea permitido decirlo, nacido, más que construido, lo fue en un momento de extrema, no me atrevo a decir, imposibilidad, lo cual no me parece tan excepcional, ya que no pasa de lo posible a lo real, sino de lo imposible a lo verdadero. Por eso digo nacido, que es lo que para un ser viviente es lo más imposible, incluido al animal, a la planta, quizá a la piedra misma, a lo que forma la órbita del verdadero universo y así, para no desanimar al siempre inverosímil lector, he de contar un poco

---

<sup>16</sup> M. ZAMBRANO, *Filosofía y poesía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010 (quinta reimpresión), 9.

<sup>17</sup> M. ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Editorial, Madrid, 2008 (séptima reimpresión), 65.

cómo nació en la ciudad de Morelia, capital del estado de Michoacán, en México, en un otoño de indecible belleza<sup>18</sup>.

Con el exilio en Méjico comienza un largo periplo de destierro que la llevaría por varios países de América donde ejerció la docencia en diferentes universidades. Este exilio es vivido por María como una auténtica bajada a los infiernos (a los ínferos, como le gusta decir a ella) del que sólo puede ser salvada gracias a su razón poética, pensamiento propio y original de María Zambrano que alcanza su apogeo en sus años del exilio americano y europeo.

Las clases y conferencias continúan en diversos países americanos durante su estancia en ese continente: Cuba, Puerto Rico, Méjico... Con su tesis nunca acabada sobre la salvación en Spinoza, María ya se había adentrado en la mística de la razón buscando una alternativa a la razón de sus maestros y antecesores; pues bien, la violencia y destrucción en Europa de la que es testigo, le impulsa a seguir hacia adelante por esa senda diferente, senda alternativa a todas las marcadas por el pensamiento europeo vigente entonces. Así lo reconoce en una carta a Rafael Dieste, su amigo, el escritor gallego:

Hace ya años, en la guerra, sentí que no eran "nuevos principios" ni "una Reforma de la Razón" como Ortega había postulado en sus últimos cursos, lo que ha de salvarnos, sino algo que sea razón, pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética...es lo que vengo buscando. Y ella no es como la otra, tiene, ha de tener muchas formas, será la misma en géneros diferentes<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> M. ZAMBRANO, *Filosofía y poesía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010 (quinta reimpresión), 7.

<sup>19</sup> M. ZAMBRANO, *La razón en la sombra*, Siruela, Madrid, 2006, 695.

En 1946 viaja de la Habana a París donde llega después del fallecimiento de su madre y se reúne con su hermana Araceli de quien no volverá a separarse hasta el final de sus días. Las dos hermanas se quedan en París dos años viviendo, donde María Zambrano conoce a lo mejor de la intelectualidad francesa: Malraux, Sartre, Simone de Beauvoir, René Char, Albert Camus...

En 1948 se separa de su marido y un año después, vuelve a América, primero a Ciudad de Méjico y, después a La Habana. En esos otros años de exilio americano publica *Hacia un saber sobre el alma* (1950), obra que recoge ese primer ensayo con el mismo título, en el que mostró a su maestro el cambio de rumbo de la razón vital a su propia razón poética.

### **2.3. La crisis de Europa y la razón poética como razón creadora y renovadora**

Ya entrada la década de los cincuenta, las hermanas Zambrano vuelven a Europa, instalándose primero en Roma, ciudad donde todavía se respira la penuria y la sensación de fracaso de una posguerra que se alarga. Reflexiona María Zambrano, en esta época, sobre el mundo en crisis en el que está viviendo, «en medio de una cultura, de una estructura económica y social que parece negarse a seguir sosteniéndole»<sup>20</sup>. Analiza, por ello, en sus obras de este periodo, las causas de la tremenda violencia en la que se ha sumido el viejo continente, tratando de encontrar un camino que conduzca a la renovación de Europa, a una nueva cultura de creatividad sin violencia; a una muerte y resurrección, en suma, sólo prometida por la razón poética. Las obras en las que más reflexiona sobre la violencia incardinada, según ella, en el pensamiento europeo; y en las que se pregunta por el origen de esta violencia que ha dado lugar a los desastres de las guerras mundiales, son *La agonía de Europa* (1945), *El hombre y lo divino* (1955) y *Persona y democracia* (1958).

---

<sup>20</sup> M. ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Editorial, Madrid, 2008 (séptima reimpresión), 191.

En su exilio europeo, María Zambrano no deja de viajar itinerante de un país a otro; pues tras su residencia en Roma, se traslada a Francia y, después a Suiza. Un poema de su gran amigo José Lezama Lima da cuenta de todos estos avatares:

María se nos ha hecho tan transparente/que la vemos al mismo tiempo/ en Suiza, en Roma o en la Habana./Acompañada de Araceli/ no le teme al juego ni al hielo./Tiene los gatos frígidos/y los gatos térmicos,/aquellos fantasmas elásticos de Baudelaire/la miran tan despaciosamente/que María temerosa comienza a escribir./Le he oído conversar desde Paltón hasta Husserl/ en días alternos y opuestos por el vértice,/ y terminar cantando un corrido mejicano./Las olitas jónicas del Mediterráneo,/los gatos que utilizaban la palabra *como*,/que según los egipcios unían todas las cosas/ como una metáfora inmutable, /le hablaban al oído,/mientras Araceli trazaba un círculo mágico/ con doce gatos zodiacales,/ y cada uno esperaba su momento/ para salmodiar El Libro de los Muertos./ María es ya para mí/ como una sibila/ a la cual tenuemente nos acercamos,/ creyendo oír el centro de la tierra/ y el cielo de empíreo,/ que está más allá del cielo visible./Vivirla, sentirla llegar como una nube,/ es como tomar una copa de vino/ y hundirnos en su légamo./Ella todavía puede despedirse/ abrazada con Araceli, pero siempre retorna como una luz temblorosa<sup>21</sup>.

Antes de volver a España, en sus últimos años de exilio en Suiza, se publica *Los Claros del Bosque* (1977), otra obra emblemática de la filosofía poética de María por cuyos vericuetos nos adentraremos más adelante. Cumplidos ya los setenta la salud de Zambrano flaquea y comienza a escribir *De la Aurora*, a pesar de su pérdida progresiva de vista.

En la década de los ochenta y antes del regreso de la autora a España, comienza a reconocerse su relevancia en la filosofía española de formas muy diversas. Se le concede el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 1981, se organizan seminarios y tertulias para dar a conocer su obra; le nombran hija predilecta en varios lugares de la geografía española, y dan su nombre a institutos y calles.

---

<sup>21</sup> ZAMBRANO, María, *Islas*, Editorial Verbum, Madrid, 2007, contraportada del libro.

#### 2.4. El ocaso de su vida y la aurora de su razón poética

María Zambrano vuelve, por fin, a España en 1984. En ese año comienza a ordenar sus escritos para incluirlos en su obra *De la Aurora* (1986), la tercera senda que utilizaremos en esta expedición por las más recónditas, enigmáticas y místicas rutas de la razón de Zambrano. Su actividad creadora y recopiladora no se ve frenada por la ya mencionada salud delicada y pérdida progresiva de la vista. Trabaja en 1987 en reediciones de *Filosofía y Poesía*, *La agonía de Europa*, *La Confesión y Persona y Democracia*. Publica también *Delirio y destino* (escrito en 1953) y *Los bienaventurados, Peligros de la Paz* (su último artículo publicado). Concluye *Notas de un método*, obra que a pesar de no considerar como objeto de estudio en este trabajo, nos servirá en el transcurso de este trabajo, como hoja de ruta para no perdernos entre las nieblas poéticas y místicas de la autora.

El reconocimiento de la filósofa malagueña y su obra había sido, hasta este momento, lento y tardío. Sin embargo, su vuelta a España precipita todo tipo de encuentros, congresos, premios y ensayos sobre su pensamiento. Se le concede el premio Cervantes en 1988. Aun así, más de dos décadas después de su muerte, se desconoce mucho más su obra que la de sus maestros, Ortega y Zubiri, en parte por todos los años vividos en el exilio. Tras su regreso, fueron muchos los homenajes y distinciones pero como se señala en la introducción a una de sus obras, María Zambrano sigue siendo «la gran exiliada de nuestra filosofía»<sup>22</sup>.

María Zambrano muere en Madrid el 6 de febrero de 1991, y sus restos mortales son trasladados a Vélez, Málaga, donde posteriormente se trasladarían los de su madre y su hermana.

---

<sup>22</sup> M. ZAMBRANO, *Notas de un método*, Editorial Tecnos, Madrid, 2011, 26.

### 3. LAS SENDAS DE LA RAZÓN POÉTICA

#### 3.1. La razón poética: razón comprensiva, integradora y generadora de esperanza

El pensamiento de María Zambrano aborda los conflictos de la filosofía contemporánea con planteamientos muy originales y creativos, abriendo las puertas a la poesía como instrumento para penetrar la realidad de una forma diferente a la que se venía haciendo hasta ese momento.

Escribe la autora en su obra *Hacia un saber sobre el alma* que «los hijos de ese inquieto continente llamado Europa» viven en crisis; una suerte de inquietud exógena que les lleva cual vagabundos sin rumbo fijo, alejándose cada vez más del núcleo de la vida, resbalando por ella sin encarar los riesgos que el vivir una verdadera vida entraña. Reivindica Zambrano, al igual que los autores fenomenólogos que estudió en la Universidad, la vuelta a las cosas para combatir el mundo de las ideas abstractas que se habían heredado del racionalismo cartesiano y del idealismo alemán. No reclama, sin embargo, una mera vuelta a las cosas, al mundo real, sino también el regreso al centro de uno mismo, de la propia persona; entendiendo la persona en su completitud: pensamiento e intuición; mente, corazón y entrañas. «La razón poética por ser una forma especial de intuición filosófica postula poder aprehender sin violencia el misterio de una realidad profunda, tan real como inasible al hombre»<sup>23</sup>.

Realidad profunda que la autora pretende llegar a conocer a través de la razón poética: un camino hacia la verdad que transforme y enamore la vida propia antes de llegar a la vida misma.

En opinión de María Zambrano, toda la diversidad y riqueza de la vida humana no puede constreñirse únicamente a las explicaciones que pueda dar la razón físico-matemática en la que se sustenta el cientificismo actual. De ahí que elija la razón poética como razón comprensiva, integradora y generadora de esperanza. Comprensiva e integradora porque pretende explicar la verdad del hombre desde una perspectiva que

---

<sup>23</sup> A. BUNDGAARD, “Ética y estética de la razón poética”, *Filosofía y literatura en María Zambrano* Pedro Cerezo (ed.) Fundación José Manuel Lara, Sevilla 2005, 64.

conjugue al mismo tiempo, razón y sentimiento, inteligencia y amor. Generadora de esperanza porque, en opinión de María Zambrano, la humanidad se siente perdida y atrapada en los planteamientos racionalistas actuales, olvidando su verdadera razón de ser y de vivir. La razón poética será, así, una tabla de salvación para aquellos náufragos que nadan a la deriva en los mares del racionalismo.

Tabla de salvación, pensamiento mediador y salvífico en el que la palabra y la belleza de sus construcciones y sus figuras poéticas, se utilizan como carta de navegación para avanzar hacia esa verdad y ese saber del alma. Porque la razón poética, tal y como la entendía Zambrano, responde al saber del alma y a su capacidad creadora plasmada en la palabra.

Gracias a la razón poética, la autora malagueña recorre nuevas rutas de pensamiento y filosofía, recuperando la palabra creadora, soñadora y delirante, «el lenguaje propio de un período sagrado anterior a la historia»<sup>24</sup>, en la búsqueda de la verdad. Como ya apuntamos anteriormente este uso poético de la palabra, imposible de desligar del mismo pensamiento de la autora, además de ser una de las diferencias de María Zambrano respecto de otros filósofos, la sitúa en la frontera de la filosofía y la poesía, llevándola a un nuevo y diferente exilio:

Y ciertamente María Zambrano, gracias a ser a la vez filósofo y poeta, puede ser hereje de la filosofía en tanto que elige la expresión poética, y hereje de la poesía en tanto que no escribe, propiamente hablando, poesía<sup>25</sup>.

De acuerdo con algunos estudiosos del pensamiento de María Zambrano, se pueden reconocer con claridad tres tramos diferentes durante el recorrido de su razón poética: razón poética como crítica al pensamiento heredado en el contexto de crisis europea; razón poética como razón práctica, comprensión del alma y cauce de vida; y razón poética como mística de la razón, revelación de la verdad y, anuncio de los desposorios del ser y la vida.

---

<sup>24</sup> *Ibíd.*, 45.

<sup>25</sup> J.L. ARANGUREN, “Filosofía y Poesía”, *El pensamiento de María Zambrano*, Zero Cultural, Madrid 1986, 114.

Son tres, también, las sendas de la razón poética las que recorreré en este trabajo; las cuales no reflejan exactamente las tres etapas mencionadas anteriormente pero sí dan una muestra del camino vital y creativo de María Zambrano. Como pretexto de esta división artificiosa por mi parte, tomaré en consideración las tres obras de la filósofa ya adelantadas en los apartados anteriores: *Filosofía y Poesía* (1939), *Claros del Bosque* (1977) y *De la Aurora* (1986).

En primer lugar, comenzaremos con la descripción de los dos caminos que se dan a elegir al ser humano en su andadura vital: el camino del poeta y el camino del filósofo; y el anhelo de la autora por la fusión de ambos caminos, plasmada en su obra *Filosofía y Poesía*. Con esta utopía de horizonte y escogido el camino del poeta, acompañaremos a María Zambrano en su ir por las sendas señaladas por *Claros del Bosque* y *De la Aurora*. Marchemos ahora despacio por estas tres sendas pues como advierte uno de los autores favoritos de María Zambrano, «nadie avanza con paso rápido por caminos desconocidos y sembrados de precipicios»<sup>26</sup>.

### 3.2. Filosofía y Poesía

Como dijimos anteriormente, en esta obra María Zambrano describe dos caminos, el camino del poeta y el camino del filósofo; seduciendo ambos al caminante que no sabe por cuál de ellos decidirse. El porqué de esta indecisión se puede encontrar en las siguientes palabras de Zambrano: «hoy poesía y pensamiento se nos aparecen como dos formas insuficientes; y se nos antojan dos mitades del hombre: el filósofo y el poeta»<sup>27</sup>.

Gracias a sus figuras literarias exquisitas y a sus disquisiciones engarzadas en pura poesía, María Zambrano nos guía, de forma muy pedagógica, por algunas de las principales etapas de la historia de la filosofía. Con una delicada construcción de palabras, nos lleva de la mano para mostrarnos cómo en algunas etapas filosofía y poesía se complementaron y, en otras, las más, discrepan y se separan. Parafraseando a

---

<sup>26</sup> J. MORENO, “La transmisión del camino”, *Filosofía y literatura en María Zambrano*, Pedro Cerezo (ed.), Fundación José Manuel Lara, Sevilla 2005, 111.

<sup>27</sup> M. ZAMBRANO, *Filosofía y Poesía*, Fondo de Cultura Económica, México 2010 (quinta reimpresión), 13.

la autora, veremos cómo Platón logra una reconciliación partiendo de su condena de la poesía en el capítulo de Ética y Poesía, para llegar a una superación de las diferencias por la vía del amor, de la Idea del Amor, en Poesía y Mística; cómo, basándose en estos mismos planteamientos, se sigue el mismo camino convergente por la Edad Media y el Renacimiento. Sin embargo, todavía nos quedará por recorrer el racionalismo, la metafísica y la angustia de Kierkegaard, antes de que Zambrano nos deleite con la belleza hecha palabra en sus conclusiones, siempre fieles a su razón poética.

Y el poeta que es fiel a lo que ya tiene. No se encuentra en déficit como el filósofo, sino, en exceso, cargado, con una carga, es cierto, que no comprende. Por eso, la tiene que expresar, por eso tiene que hablar “sin saber lo que dice”, según le reprochan<sup>28</sup>.

Comencemos sin más preámbulos la primera senda de la razón poética. En ella, María Zambrano, como una maestra para principiantes, nos adentra por un camino suave y con pocos obstáculos. Durante este recorrido, la autora (justo en este alto en el camino me debato entre llamarla filósofa o poetisa) nos mostrará las diferencias y similitudes de la filosofía y la poesía a lo largo de la historia; y la necesidad de la razón integradora y comprensiva que ella propugna y defiende con el estandarte de la razón poética.

### **3.2.1. *Pensamiento y Poesía***

María Zambrano comienza el primer capítulo de su ensayo relatándonos cómo, a lo largo de los siglos, poesía y pensamiento han intentado ocupar un espacio en la cultura. Incapaces de compartir dicho espacio con el otro o la otra, pues buscan lo mismo de diferentes formas, y de formas insuficientes cada una por separado. Reiterando con otras palabras de la autora lo que ya se adelantó en la introducción a la razón poética: «No se

---

<sup>28</sup> *Ibíd.*, 41.

encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía»<sup>29</sup>.

Así, en opinión de Zambrano, pensamiento y poesía entablaron una lucha fratricida en el mismo punto de partida de su andadura hacia la verdad, allá en los tiempos de la Grecia Clásica, si no antes. Y aunque este conflicto perdure todavía en los terrenos intelectuales y vitales de la humanidad, sin haber conseguido un vencedor definitivo, la autora considera que en muchas de las batallas libradas ha sido la poesía la gran derrotada, abandonada a su suerte y olvidada. «Desde que el pensamiento consumó su “toma de poder”, la poesía se quedó a vivir en los arrabales, arisca y desgarrada diciendo a voz en grito todas las verdades inconvenientes; terriblemente indiscreta y en rebeldía»<sup>30</sup>.

Antes de comenzar el repaso de esta lucha, capítulo a capítulo, María Zambrano se propone estudiar los términos por los que ambas han sido incompatibles, para ver si así, es posible vislumbrar en el horizonte el fin de este conflicto, puesto que tanto pensamiento como poesía son necesarios e irrenunciables para la vida del ser humano. La autora sueña con una reconciliación de ambos, la desea y la sueña, pero mucho más adelante, descubriremos que no la cree cercana todavía.

Poesía y pensamiento, palabra y razón, las dos formas del *logos*, como necesidades vitales irrenunciables pero, ¿cuál de ellas es la necesidad más profunda?, ¿cuál la más indispensable?, ¿es inevitable realmente tener que decidimos por una de ellas?

María Zambrano nos ofrece a Platón y su condena de la poesía, como primer ejemplo de la lucha entablada entre pensamiento y poesía, en el que finalmente triunfa el pensamiento filosófico. Tomando La República, y en concreto, el mito de la caverna, como eje central de este primer capítulo, la autora describe cómo surgen las diferencias entre filosofía y poesía en el mismo momento de su nacimiento.

Así, en opinión de Zambrano, en este mito la filosofía nace violentamente ante el pasmo y la admiración de lo que se contempla a la salida de la gruta. Pasmo extático ante las cosas que obliga a violentarse enseguida para liberarse de ellas. En sus propias

---

<sup>29</sup> *Ibíd.*, 13.

<sup>30</sup> *Ibíd.*, 14

palabras, «la filosofía es un éxtasis fracasado por un desgarramiento»<sup>31</sup>. La filosofía nace de esta manera, fruto de la admiración y la violencia, admiración ante lo inmediato y, violencia para desprenderse de ello y continuar la búsqueda de otras cosas que no nos regalan su presencia. Comienza con la filosofía, un afanoso camino de búsqueda y un esfuerzo metódico para capturar lo que no tenemos, olvidándonos de lo que se nos ha regalado graciosamente.

Sin embargo, de acuerdo con la autora, no todos siguieron este camino de búsqueda e interrogación última de todas las cosas hasta llegar a su posesión final. Otros, los poetas, se quedaron aferrados al presente, sin renunciar a una cosa para buscar otra tras otra, pues poseían todas ellas en ese presente eterno, gracias tanto a sus sentidos como al mundo abierto de sus sueños. «¿Cuál era ese poseer dulce e inquieto que calma y no basta? Sabemos que se llamó poesía y ¿quién sabe si algún otro nombre borrado? Y desde entonces el mundo se dividiera, surcado por dos caminos»<sup>32</sup>.

Y es así como, en los mismos albores del pensamiento y de la poesía, se trazan dos caminos divergentes que en algún momento de la historia llegarán a confluir. Desafortunadamente, en la actualidad siguen trazando recorridos diferentes, obligando a una renuncia dolorosa a todos que se decidan a emprender uno u otro.

De acuerdo con las consideraciones de María Zambrano, en estos primeros momentos, la filosofía busca la verdad última y la unidad del ser. Se autoproclama la única que puede llenar el vacío del ser humano en esta búsqueda porque, como dijo Aristóteles, todos los hombres tienen por naturaleza deseos de saber. La poesía, en cambio, no se erige como estandarte de ninguna verdad ni como consuelo de ningún vacío vital. La unidad de la poesía es distinta para cada uno, porque desciende hasta sus sueños, y su verdad no es excluyente ni imperativa porque, parafraseando a la autora, hay algo en el hombre que no es razón, ni ser, ni unidad, ni verdad.

Con tales discrepancias en el punto de partida, cree la autora que no resulta difícil augurarles al pensamiento y a la poesía, largos y penosos trechos caminando a espaldas

---

<sup>31</sup> *Ibíd.*, 16.

<sup>32</sup> *Ibíd.*, 17.

el uno de la otra: la filosofía soberbia en su verdad, y la poesía, errante y vagabunda, en espera de la gracia y de los milagros para llegar a la verdad última, la verdad de todos.

### 3.2.2. *Poesía y Ética*

De estos dos caminos, Platón elige sin dudarlo el camino seguro de la filosofía y en nombre de la unidad, el ser, la justicia y la verdad condena la poesía en todas sus obras. Una condena que como terrible maldición persigue a la poesía durante muchos siglos después. «A veces, unas cuantas palabras ignoradas alcanzan un eco que resuena por espacio de siglos»<sup>33</sup>.

Así comienza Zambrano la segunda etapa de su camino a través de la historia del conflicto entre filosofía y poesía, en la que desarrollará la condenación platónica de la poesía, en nombre de la moral y de la justicia. La autora distinguirá, aquí, claramente, esta condenación de las posteriores adhesiones que califica como filisteas, y que se dieron después en la historia de la filosofía. Porque a pesar de la condena de la poesía, la autora sigue viendo a Platón como a un poeta que nunca quiso reconocerlo, y en sus propias palabras, su condena de la poesía en nombre de la justicia se realiza «con esa aspereza con que nos solemos desprender de lo que más queremos».

En los inicios del pensamiento filosófico y sin desprenderse aún del todo, de los dioses y sus mitos, Platón necesitaba seguir un camino firme basado en la verdad de las cosas y en la unidad del ser. Un camino en el que irremediablemente era necesario condenar las apariencias de la poesía, sus fantasmas, sus leyendas épicas y sus tragedias, que en nada ayudaban a abrir huella en las primeras etapas de este arduo camino. Según Zambrano, Platón no podía considerar a la poesía más que pura perversión del *logos*.

¿Qué modo de funcionamiento es éste del *logos* en la poesía, en que la razón no coincide ya con la palabra? ¿Cómo es posible que la palabra se descarríe así de su

---

<sup>33</sup> *Ibíd.*, 27.

sendero, para ir a parar en lo contrario de su propia esencia? La palabra poética funciona fuera de la razón y del ser, según la condenación platónica<sup>34</sup>.

Pues qué es la justicia sino la verdad de la razón y del ser, la virtud máxima a la que Platón va a ser fiel en toda su vida y en toda su obra. Justicia que es armonía pero armonía punitiva que castiga la disparidad por no ser unidad y la representación por no ser verdad. Como gran adalid defensor de la justicia, Platón condena la poesía pues es la única que tiene el poder de mentir, que burla la verdad y la realidad del ser.

No sólo eso, la poesía, hecha tragedia griega, no sólo mentía sino que, además, reflejaba el pesimismo y la angustia de los mitos antiguos, un mundo a merced de unos dioses despiadados. Con este panorama, la justicia de Platón resultaba libertadora, significaba la humanización de la justicia frente a una justicia divina voluble y caprichosa. Su República era la ciudad construida sobre los cimientos de la razón, habitada por ciudadanos libres ya de la tiranía injusta de los dioses y sus mitos.

Por todo ello, Platón considera la poesía como el agente de destrucción de la ciudad ideal diseñada en La República con sus ideas fundamentales: ser, verdad y razón. El poeta no podía ser otra cosa que el agente de la tiranía por ser el único que no pregonaba la razón ni cantaba sus alabanzas. La poesía canta a la embriaguez, al delirio y al sueño, y quien se emborracha, delira o sueña, está loco o desesperado, y a los ojos de Platón, ya no es hombre sino otra cosa. Y si el *logos* palabra persiste en su rebeldía contumaz en contra del *logos* razón es porque el borracho o el loco quieren seguir estándolo, renunciando para siempre a la razón como esperanza.

La condena platónica alcanza, así, a todas las sombras nuevas de la caverna creadas por los poetas que viven en la esclavitud de la confusión y el error, y que no quieren salir a la luz. Platón no puede dejar de condenar a una poesía que reniega de la esperanza que en su República, ofrece la razón como superadora de la muerte. María Zambrano, sin embargo, censura esta condena con las siguientes palabras:

---

<sup>34</sup> *Ibíd.*, 118.

La razón como esperanza. Pero a costa de cuánta renuncia. Y quién consolará al poeta del minuto que pasa, quién le persuadirá para que acepte la muerte de la rosa, de la frágil belleza de la tarde, del olor de los cabellos amados, de eso que el filósofo llama “las apariencias”<sup>35</sup>.

Porque según la autora, en los tiempos modernos, en los que la desolación ha venido de la filosofía y el consuelo de la poesía, no nos podemos permitir tanta renuncia. No podemos olvidar que la pasión forma también parte del alma humana, aunque esa pasión esclavice al poeta bajo el yugo de la palabra. El poeta vive prendido a la palabra, se consagra y se consume en ella, y el filósofo que busca hacerse su dueño nunca lo consigue a pesar de esforzarse fatigosamente. El poeta, en cambio, no comienza su vida por esta infructuosa búsqueda sino por una posesión embriagadora porque tiene lo que no ha buscado y como ya se dijo al principio, más que poseer se siente poseído.

Resumiendo este segundo capítulo, según María Zambrano, Platón tiene razón al condenar al poeta y a la poesía por estar fuera de la justicia, por inmorales. Pues, frente a la unidad, el ser y la razón, el poeta canta a la dispersión, a las apariencias, a la fuerza irresistible de las pasiones, al hablar delirante y al olvido de lo que el filósofo recuerda al conocer. Y la poesía es injusta pues no se entrega sólo a los que la buscan metódicamente sino a todos, incluso a quienes jamás la buscaron. Poesía, inmoral como la carne misma, entregándose a todos sin distinción.

Sin embargo, a pesar de comprender los razonamientos de la condena platónica, Zambrano reclama un espacio, un reino para quien tanto da sin recibir nada a cambio:

Quien da y quien da más de lo que se le pide, y casi tanto como se espera, lo hace porque le viene su don más allá de la justicia; de más allá de lo que remunera a cada uno, con lo que le pertenece. Porque este don de la poesía no es de nadie y es de todos. Nadie lo ha merecido y todos, alguna vez, lo encuentran<sup>36</sup>.

---

<sup>35</sup> *Ibíd.*, 34.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, 46.

### 3.2.3. *Mística y Poesía*

María Zambrano ya nos ha relatado, en el capítulo anterior, como la poesía resulta repulsiva a Platón por ser contraria a la justicia, por pervertir el *logos* razón y por rebelarse, buscando lo que no es, por el camino de la aparición.

Con el transcurso del tiempo la poesía comete doble herejía, en opinión de la autora: por apartarse de la idea de la verdad y de la unidad de los griegos, y más tarde, con el cristianismo, herejía en contra de la moral por ser palabra hecha carne.

En realidad, fue Platón el primer griego en condenar la poesía por esta segunda herejía. Antes, ningún griego se hubiera atrevido, aun cuando la poesía iba también en contra de la moral de los ritos órficos: alma contra cuerpo, contra carne hecha poesía. Platón no hace más que encontrarle un fundamento racional a estos ritos, en violentar la certidumbre de la esperanza de salvación en el camino de la filosofía. Por lo tanto, para él, la poesía es el camino de la perdición.

Recordemos, aquí, la concepción dualista del hombre en Platón: El alma prisionera de un cuerpo que no es otra cosa que el origen de todo mal, de pasiones y de amores alocados. El pensamiento platónico aspiraba a huir del cuerpo y del mundo, soñaba con la liberación del alma de su cárcel terrenal. En este capítulo, María Zambrano hace una descripción poética de esa prisión platónica, que no me atrevo a reproducir con otras palabras, por temor a que ésta pierda toda su belleza en el intento. Por ello, sólo citaré, a modo de ejemplo, algunos extractos antes de seguir adelante:

Más, cárcel activa en su pasividad, como el mar...

Y la fuerza de la carne sobre el alma no la ha concebido Platón a la manera del muro frente a su prisionero, sino al modo de la lenta e irresistible fuerza desfiguradora de las ondas marinas. El alma se sumerge en ella, se disuelve y se destruye, tomando en cambio agregados de cosas que se adhieren a ella, pero que no son suyas, que la transforman dándole apariencia de un monstruo. El alma se disuelve y se altera al contacto con la carne<sup>37</sup>.

---

<sup>37</sup> *Ibíd.*, 49.

Por eso es menester que el alma que así ha naufragado combata incesantemente contra esa fuerza terrible y seductora...

Encadenada por unas cadenas activas que la destruyen, por un mundo, en fin, poblado de criaturas extrañas y aunque Platón no lo diga en este pasaje, poblado también de seducción. Hay algo en el alma que simpatiza con este medio que le es extraño<sup>38</sup>.

En definitiva, para Platón es fundamental salvar al alma de esta prisión, de su degradación en el cuerpo. Y en esta lucha contra la seducción de la carne se encuadra el segundo motivo de la condenación de la poesía; poesía en la que se da relevancia a la carne y a sus pasiones degradadoras.

La salvación y liberación del alma requiere, según Platón, de la catarsis de las pasiones, para así reconquistar la verdadera naturaleza del hombre: la razón. Esta reconquista platónica se realiza a través de la filosofía que, en su dialéctica, recorre el camino hasta la Idea del Bien, la idea platónica de lo divino. El conocimiento es pues, purificación, separación del alma de sus cadenas para reintegrarse a su verdadera naturaleza. La filosofía es esperanza al alcance de todo ser humano: la elección de una vida bienaventurada ya no depende de los dioses ni del destino sino de uno mismo. En opinión de la autora malagueña, las consecuencias de estas conclusiones no sólo se plasmarán en la condena a la poesía, sino también en la determinación de una ascética manera de vivir en la que se sustentará el cristianismo que llegue más adelante.

Sin embargo, esta búsqueda de la liberación del alma a través de la catarsis y la dialéctica, ¿no es, en realidad, una aspiración a fundirse con lo divino? Según Zambrano, la filosofía de Platón es, al mismo tiempo, teología y mística, al pensar con la razón lo divino, y al ofrecernos los medios para llegar a ello: la dialéctica y la catarsis.

Ahora se comprende por qué renunció a la poesía, por qué se declaró su enemigo irreconciliable. No era en nombre del conocimiento, no era en nombre del ser, de la

---

<sup>38</sup> *Ibíd.*, 50.

unidad, de la verdad de este mundo. Si Platón no hubiera ido cargado con un gigantesco designio religioso no habría condenado jamás la poesía. Es más: no hubiese dejado nunca de ser poeta<sup>39</sup>.

Pero no olvidemos la otra vía que ofrece Platón para llegar a lo Absoluto, la que nos permitirá un horizonte común en el que, por algún tiempo, puedan confluir los caminos del filósofo y el poeta: el amor. Porque por el amor se redime la carne, el amor es la unidad y la razón, frente a la dispersión y la locura del cuerpo.

En el Banquete de Platón, belleza y creación son la redención de la carne mediante el Amor. El Amor con mayúsculas, como sed de belleza y bondad, en cuya culminación se halla la Idea de lo Bello, en sí, de lo Absoluto. Como Platón quiere salvar las apariencias, no puede renunciar a salvar el amor que nace de la carne, pero tiene que separarlo de ella. En palabras de María Zambrano, «toda la teoría platónica del amor es su desasimiento del cuerpo, su incorporación al proceso de la dialéctica, del conocimiento que conduce al ser – al ser que es y a ser yo con lo que es-».

Si en El Banquete, Platón reconoce el amor y la belleza como mediadores hacia el conocimiento, hacia lo divino, el amor nacido de la dispersión de la carne podría conocer su salvación. El amor llega así, al conocimiento por un camino distinto al de la razón, por el camino que menos apropiado parecía, el de la manía y el delirio, en palabras de Zambrano. Podría entenderse, según la autora, que el alma platónica tiene dos caminos de purificación para fundirse con lo divino: el de la dialéctica y el del amor.

Concluyendo, María Zambrano considera que, gracias a El Banquete de Platón, en el ascetismo dominante que enlazó filosofía griega y religión cristiana, el amor y su culto, la religión del amor, la antigua religión del amor y sus misterios, tuvo un lugar. El amor se salvó por su “idea”, es decir, por su unidad. El platonismo le concedió al amor categoría intelectual y social. «Poesía platónica en la que se perpetúa la antigua religión

---

<sup>39</sup> *Ibíd.*, 58.

del amor, la antigua religión de la belleza transformada, a veces, en religión de la poesía»<sup>40</sup>.

Poesía nacida del delirio divino del amor, catarsis del alma que la arrebató y la dejó en suspenso extático, de aquí al éxtasis de la mística de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, sólo hay un paso. Gracias a esta salvación del amor, ha podido existir la poesía dentro de la cultura ascética del cristianismo. De esta forma, al abrigo del amor platónico, la poesía sobrevive y crece en la Edad Media y en el Renacimiento.

#### **3.2.4. *Poesía y Metafísica***

Continuando con su línea argumentativa, Zambrano comienza este capítulo ilustrando con ejemplos la herencia platónico-cristiana donde hemos visto que, finalmente, se hizo un lugar para la poesía y el goce. Entre los más importantes, La Divina Comedia como obra culmen de unión entre poesía, religión y filosofía, y la mística como otro momento de unión profunda entre las tres.

Sin embargo, poco dura esta tregua, en opinión de la autora, y el hombre que jamás se satisface, no saborea la consecución de un horizonte común, sino que levanta nuevos muros entre filosofía y poesía.

Con la época moderna, la filosofía renace y el pensamiento se vuelca ahora hacia lo que se vive en este mundo y no lo que nos espera en el otro. La filosofía se centra en la autonomía del individuo y busca ser fundamento racional del conocimiento científico. Se produce de nuevo la ruptura entre poesía y filosofía.

La filosofía es ahora, según las propias palabras de María Zambrano, «metafísica de la creación, de la voluntad y de la libertad, por tanto, cada vez más desgajada de la herencia platónica».

Un ejemplo que da la autora de la voluntad creadora del hombre moderno es el arte, que en esta metafísica que se concreta en Schelling, cumple con una función que es parte de

---

<sup>40</sup> *Ibíd.*, 70.

la función divina creadora misma: ya no es forjador de sombras y fantasmas sino revelador de la verdad misma, de lo absoluto.

La poesía adquiere también conciencia de sí misma: Baudelaire, por ejemplo, considera su inspiración como fruto de su trabajo, y Paul Valéry rinde culto a la lucidez. ¿Dónde queda el arrebato y el delirio de épocas anteriores?, ¿la poesía condenada por Platón? Esta toma de conciencia, también por parte de la poesía, determina su propio método: el poeta es ahora consciente del esfuerzo que supone poder expresar los sueños con las palabras más adecuadas y hermosas.

En opinión de María Zambrano, tanto pensamiento como poesía creen realizar la esencia del hombre, y por hacer la misma cosa de formas diferentes, vuelven a tomar caminos separados. La reconciliación parece imposible una vez más.

Porque, de acuerdo con las consideraciones de la autora, en el fondo de la época moderna subyace un anhelo: *querer ser*. Querer ser poeta o filósofo. Y con la voluntad de ese *querer ser* se fundamentan sistemas cerrados que todo lo explican, con el fin de esconder la desconfianza y la angustia que permanecen en el fondo de esta metafísica moderna.

El filósofo resolverá esta angustia con la voluntad y la actividad, creando un sistema racional que le otorgue poder y libertad. Para María Zambrano, la imagen de la angustia, con su inmediata consecuencia, el poder, está diseñada insuperablemente por Kierkegaard en su obra *El Concepto de la Angustia*, de la cual extracta varias citas a lo largo de este capítulo para compararla con el amor platónico, concluyendo que este sistema de poder y libertad, cimentado en la angustia sólo nos puede conducir a una soledad obstinada: «Ni Kierkegaard, ni nadie de los que han hablado de la angustia, trazan el momento del amor. Sólo el temor aparece. Y no hay amor porque no hay tampoco ninguna presencia, ningún rostro»<sup>41</sup>.

Así, el filósofo cree que sólo alejándose de todo para alcanzar las altas cumbres de la libertad, será, por fin, él mismo; logrará poseerse. En la poesía también hay angustia

---

<sup>41</sup> *Ibíd.*, 94.

pero es la angustia que acompaña a la creación; angustia del poeta, llena de amor y no de voluntad de poder, que le lleva hasta la creación de su objeto.

Y en la angustia del poeta sí, sí existe algo que él se ve forzado a crear, porque se ha enamorado de su presencia sin verla, y para verla y gozarla la tiene que buscar. El poeta está enamorado de la presencia de algo que no tiene y como no lo tiene, lo ha de traer<sup>42</sup>.

En realidad, el poeta no vive propiamente en la angustia, sino en la melancolía. Porque el poeta no quiere alejarse sino volver atrás, a su origen, su origen común con el resto de la humanidad. El poeta no se busca a sí mismo sino a todos, y cada uno es el mediador entre todos y cada uno. Su poesía es el medio por el que todos se comunican a través del amor que consume y se consume, del amor que se desvive. Como dijo Kierkegaard y, varias veces, cita Zambrano en este capítulo: una felicidad que no puede comunicarse no es felicidad. « ¿No será posible que algún día afortunado la poesía recoja todo lo que la filosofía sabe, todo lo que aprendió en su alejamiento y en su duda, para fijar lúcidamente y para todos su sueño?»<sup>43</sup>.

### **3.2.5. Poesía**

Después de esta revisión lírica de las relaciones entre pensamiento y poesía, en algunos momentos de la historia, María Zambrano concluye esta primera senda de la razón poética, con sus reflexiones personales. Una vez más, sorprende y fascina con todas las descripciones originales en las que se detiene para comparar los dos caminos: el del poeta y el del filósofo. Y una vez más, consagra sus mejores armas poéticas a la defensa acalorada del camino del poeta, arrastrando con su pasión hecha palabra, a aquellos que, dubitantes, no sabemos todavía por qué camino decidimos ni a cuál renunciar.

---

<sup>42</sup> *Ibíd.*, 95.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, 99.

Dice Zambrano que el filósofo sabe lo que busca, y como tal se define (filó-sofo), mientras que el poeta no busca sino encuentra, pues no sabe siquiera cómo llamarse. El camino del filósofo se inicia buscando su plenitud, queriendo conquistar su propia naturaleza. El poeta, sin embargo, no necesita buscar nada porque vive en el exceso, pero al mismo tiempo, ese exceso le mantiene en la indecisión de por vida.

Considera nuestra autora que el filósofo, al querer poseerse a sí mismo, renuncia de la compañía de sus congéneres y secretamente ambiciona que un ser superior le llame a compartir su conocimiento en exclusividad; que le distinga de entre los demás, por su esfuerzo metódico en la búsqueda de la verdad.

Zambrano nos cuenta que, en realidad, todos los hombres esperan ser llamados por ese ser superior que les haga sentirse únicos. Sin embargo, es el filósofo el que toma conciencia de que puede ser él quien opere el milagro por sí mismo, gracias a su trabajo y a su esfuerzo. El filósofo decide entonces en convertirse en su propio creador.

Algunos de los “no filósofos”, se asomarán al dintel de la puerta de la filosofía sin atreverse a cruzarlo porque saben a qué renunciarían a partir de ese momento, y cuánto esfuerzo les supondría adentrarse en esa difícil ruta. Esperando que allí mismo, bajo el mismo dintel, les regalen lo que siempre han estado esperando pero para lo cual les ha faltado paciencia en la espera.

El poeta de María Zambrano, como amante hijo, sin embargo, todo lo espera de su padre, y por todo el tiempo que sea necesario. El poeta permanece quieto al principio del camino, aguardando la donación que cree segura. Amor, el del poeta, no solo de hijo, sino también de amante, «más propia de enamorado, de amante que todo lo espera sin forzar». El filósofo se despega de todo para partir hacia su verdad mientras que el poeta necesita estar acompañado del resto de sus hermanos para volver a sus orígenes.

Lo que el filósofo no sabe, según la autora, es lo que siempre supo el poeta: no es posible poseerse a sí mismo en sí mismo. Por ello, la poesía busca entregarse, salirse de sí misma, desprenderse, sin que quede nada para sí: victoria del amor, absoluta entrega

y olvido de sí mismo. En definitiva, la poesía es «un encontrarse entero por haberse enteramente dado»<sup>44</sup>.

Siendo el poeta y el filósofo de María Zambrano tan dispares, y con aspiraciones tan alejadas, parece obligado abandonar toda esperanza de que sus caminos vuelvan a unirse algún día. Sin embargo, al final de sus reflexiones, la autora quiere conceder una tregua a los filósofos admitiendo lo siguiente:

Mas, no todos los filósofos, no todas las filosofías han significado este tremendo afán individualista o personalista, diseñado al comienzo de este capítulo...

El amor del filósofo por el saber ha sido amor de objetividad, mediante el cual, el vaivén primitivo se convirtió en universo. El orden ha sido cosa del amor. Y hasta aquí irían juntos filosofía y poesía<sup>45</sup>.

A pesar de esta concesión, Zambrano concluye rechazando la posibilidad de que en un futuro cercano, filosofía y poesía recorran el mismo camino, recordándonos de nuevo que «quien está tocado de la poesía, no puede decidirse y quien se decidió por la filosofía no puede volver atrás»<sup>46</sup>.

Y finaliza su ensayo de forma enigmática, indicándonos en qué momento de la historia será posible este reencuentro de las dos formas del *logos*, cuando, utilizando sus propias palabras, la razón se sitúe más allá del tema del ser y de la creación. Y ese más allá está:

Allí donde, desde hace largos tiempos, espera la verdad revelada e indescifrable, la verdad donde, realmente, la “caridad está hechizada”. Caridad y comunión que no han

---

<sup>44</sup> *Ibíd.*, 110.

<sup>45</sup> *Ibíd.*, 112.

<sup>46</sup> *Ibíd.*, 116.

transcendido al pensamiento, porque nadie ha podido todavía pensar este “logos lleno de gracia y de verdad”<sup>47</sup>.

Finalizamos de esta forma el recorrido por la primera senda propuesta para conocer la razón poética de María Zambrano. Como ya prometimos en la introducción del trabajo, la ruta no resultó dura y el hilo discursivo de la autora en esta obra nos procuró etapas bien señaladas y paradas de avituallamiento oportunas. Asimismo, en este ir por la primera senda nos pudimos familiarizar con conceptos y referencias que salpicarán las orillas de una y otra senda, tales como el amor como vía de conocimiento, la mística recibida de San Juan de la Cruz, Dante y su *Incipit vita nova*, la angustia actual y la obsesión por buscar y preguntar compulsivamente, frente a la gracia regalada del encontrar sin buscarlo. Pertrechados de esta manera nos será más fácil continuar por las siguientes sendas, menos discursivas y más crípticas.

### 3.3. Claros del Bosque

Comienza en este momento una segunda senda, más difícil y menos trazada en el mapa, la de *Claros del Bosque*. Si en la anterior contemplamos descansados ciertos conceptos en la lejanía, en ésta nos tocará sufrir en la subida a las cumbres desde donde se nos mostrará una visión más completa de la obra de María Zambrano. Mas como no se le puede exigir a un principiante que recorra en unas pocas páginas, los hitos por los que la autora transitó desde que escribiera *Filosofía y Poesía* en 1939 hasta 1977, año en el que escribiera *Claros del Bosque*, o *De la Aurora* en 1986; echaremos mano en las dos siguientes sendas de un cuaderno de bitácora de Zambrano que nos ayudará a superar las dificultades que vayan surgiendo, el cuaderno se llama *Hacia un saber sobre el alma*.

Así, encontraremos en los artículos escritos por María Zambrano entre los años treinta y cuarenta, el germen de su razón poética, los asideros donde agarrarnos cuando

---

<sup>47</sup> *Ibíd.*, 116.

caminemos cerca de un precipicio que nos atemorice y nos haga retroceder por miedo a perderlo todo en este transitar, arriesgado y, a veces, inescrutable.

No nos detendremos en todas las cuestiones señaladas por la autora en *Claros de Bosque* y en *De la Aurora*, ni siquiera seguiremos el mismo orden de estas obras. Dejándonos llevar por la gracia regalada al poeta y, portando en este camino su carga pesada, intentaremos expresar con palabras propias aquellos conceptos más relevantes de esta nueva razón mediadora; conceptos que superan, a ratos, nuestra comprensión pero que de alguna forma, llegan al centro de nuestro ser y se desvelan por sí mismos, allí en ese centro, sin que podamos explicárnoslo.

### **3.3.1. *Incipit vita nova: bajada a los ínferos y regreso a la vida***

Antes de comenzar la bajada a los ínferos, destaquemos en esta revuelta del camino la dimensión autobiográfica de toda la obra de María Zambrano. No porque tenga mayor relevancia justo en este punto, pero sí para darle un contexto vital a esta muerte seguida de un renacer. A esta vuelta a la vida guiada esta vez por la razón poética y no por Orfeo; en otras palabras, guiada por la filosofía resucitada a su dimensión original de cauce de vida. Contexto vital que ya nos señala ella misma al compararse con su maestro:

La senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica, no debe ser, en modo alguno, atribuida a Ortega. Sin embargo, él, con su concepción del *logos* (expresa en el “*logos* del Manzanares”), me abrió la posibilidad de aventurarme por una tal senda en la que me encontré con la razón poética; razón, quizá, la única que pudiera hacer, de nuevo, encontrar aliento a la filosofía para salvarse- al modo de una circunstancia- de las tergiversaciones y trampas en que ha sido apresada<sup>48</sup>.

Advierte la autora malagueña que existe, en su vida y en su pensamiento, una línea divisoria entre el antes y el después de la guerra civil. Una línea que separa el temor

---

<sup>48</sup> M. ZAMBRANO, *De la aurora*, Tabla Rasa, Madrid, 2004, 187.

sagrado y reverencial, que sentía por todos los filósofos que le precedieron y por los maestros que le guiaron en su naciente vocación por la filosofía; de lo que brotó en el propio ser de la filósofa, tras el temor y la angustia sufrida por su propia vida que le llevó a una muerte y resurrección: «Y es que parece ser condición de la vida humana el tener que renacer, el haber de morir y resucitar sin salir de este mundo»<sup>49</sup>.

Y es así, cuando experimentas los infiernos de la angustia, cuando arriesgas todo lo que más amas cuando más probabilidades hay de que se te conceda la gracia del poeta para renacer, para disfrutar de ese *incipit vita nova*, que tanto menciona la autora en sus escritos.

... porque tenemos temor cuando nos rodea la seguridad y temblamos ante la idea de desmerecer de aquello que admiramos. Mas, cuando nada hay sino el riesgo, nada podemos temer, y entonces aquello que se quiere vuelve a presentarse, y en ese instante advertimos que llega ahora con toda pureza y toda legitimidad. Porque sólo lo que no se ha podido dejar de querer, ni aun queriendo, nos pertenece<sup>50</sup>.

La filosofía tiene que renacer para convertirse en lo que siempre fue, cauce de vida, aunque lo olvidara en su propia bajada a los ínferos. De la misma forma, todos nosotros debemos renacer para sincronizar nuestro ser con la vida; para volver al centro que olvidamos en nuestra existencia ajetreada y enajenada. Debemos, por tanto, adentrarnos en las simas más profundas de nuestro propio ser; porque «allá en “los profundos”, en los ínferos el corazón vela, se desvela, se reenciende en sí mismo»<sup>51</sup>.

La noche oscura del alma de su admirado San Juan de la Cruz se plasma, así, en su obra como transición necesaria tanto para el hombre que busca su propio ser y verdad, como para una Europa agónica cuya razón se perdió en las catacumbas de un violento sistema

---

<sup>49</sup> M. ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Literaria, Madrid 2008 (sexta reimpresión), 18.

<sup>50</sup> *Ibíd.*, 18.

<sup>51</sup> M. ZAMBRANO, *Claros del bosque*, Espasa Calpe, Barcelona, 2004, 39.

de pensamiento pervertido y alienado. Y esta transición sólo es posible gracias a la virtud salvífica de la razón poética, pues ni el cientificismo racional ni las explicaciones matemáticas son capaces de tender una cuerda al caído en las tinieblas de estas catacumbas para salir a la luz. La razón poética se brinda, en suma, como la *vita nova* del «pensamiento que ha de morir para renacer de nuevo en el eterno retorno»<sup>52</sup>.

Este renacer supone una ruptura con el pasado, un despertar a una nueva vida que nos está esperando, un nuevo pensamiento integrador y comprensivo de todas las facultades humanas, un *incipit vita nova* recuperado por María Zambrano; un olvido del pasado para abandonarse al amor y a la nada; y un encuentro, entonces, con nuestra verdad.

Pues que por nacer y para nacer no hay lucha, sino olvido, abandono al amor como los místicos proponen, los místicos del “nacimiento”. Y aún los de la nada, que piden el nacimiento a la nada intercesora con lo divino, intercesora nada la de un Miguel de Molinos<sup>53</sup>.

Abandono a la nada y al amor, mística y poesía, todo ello es necesario para este *incipit vita nova* que María Zambrano propone como método que despierte al hombre y le haga ponerse al frente de su vida. Un *incipit vita nova* que supone un orden nuevo marcado por el amor y un lugar nuevo donde perderse, la nada, el vacío, y ese centro de uno mismo hacia el que se dirige sin pausa esta segunda senda de la razón poética.

¿Qué significa en verdad este “Incipit vita nova”, que todo método, por estrictamente lógico, instrumental que sea, trae consigo? No puede responder más que a la alegría de un ser oculto que comienza a respirar y a vivir, porque al fin ha encontrado el medio adecuado a su hasta entonces imposible o precaria vida<sup>54</sup>.

---

<sup>52</sup> M. ZAMBRANO, *De la aurora*, Tabla Rasa, Madrid, 2004, 162.

<sup>53</sup> M. ZAMBRANO, *Claros del bosque*, Espasa Calpe, Barcelona, 2004, 22.

<sup>54</sup> *Ibíd.*, 15.

### 3.3.2. *El vacío y el centro*

«Un ser viviente que resulta tanto más “ser” cuanto más amplio y cualificado sea el vacío que contiene»<sup>55</sup>.

Paso a paso, cuanto más nos adentramos en esta segunda senda de la razón poética tenemos más señales de la mística de la razón de Zambrano a la que hicimos referencia en el inicio de este trabajo. Precisamente, nos hemos tropezado en la última cita del apartado anterior con la nada de Miguel de Molinos. La nada, el vacío espiritual, que para este místico español es el mejor y más corto camino para el encuentro y la comunión con Dios.

María Zambrano retoma esta idea en *Claros del Bosque* y todos los estudiosos de su pensamiento lo interpretan como la dimensión sagrada de su razón poética. La nada, el vacío, el abandono de uno mismo es el espacio donde no se ha atrevido a entrar la filosofía por temor a perderse en unos abismos sin explicación racionalista que le lleve de vuelta a la superficie. Y sin embargo, no es hasta ese momento en que el ser humano se olvida de sí mismo, de su búsqueda y de sus preguntas, cuando consigue la libertad para recibir graciosamente la verdad de su interior, la belleza de su «sentir originario»; la integridad de alma, ser y verdad.

Y en el umbral mismo del vacío que crea la belleza, el ser terrestre, corporal y existente, se rinde; rinde su pretensión de ser por separado y aún la de ser él, él mismo; entrega sus sentidos que se hacen uno con el alma. Un suceso al que se le ha llamado contemplación y olvido de todo cuidado<sup>56</sup>.

No resulta extraño que este concepto de nada o vacío resulte sospechoso a la filosofía heredada y recibida en Occidente. El vacío produce horror al hombre acostumbrado a estar rodeado de cosas y fenómenos a los que siempre pretende arrancar una explicación; una contestación sus numerosas preguntas en ese afán por sistematizar y

---

<sup>55</sup> *Ibíd.*, 64.

<sup>56</sup> *Ibíd.*, 53.

darle una respuesta matemática a todo su mundo. El vacío, sin embargo, no ofrece datos ni medidas que poder ordenar; simplemente, se nos ofrece como espacio único donde abandonarnos y olvidarnos de nosotros mismos para renacer al «sentir originario» de María Zambrano.

¿Para qué es necesario que nos abandonemos al vacío y a la nada, sin insistir en seguir preguntando y buscando las razones científicas de todas las cosas? En realidad, Zambrano ofrece la nada como una promesa de fusión con el centro de la propia existencia, llamemos ese centro, divinidad, Dios, Universo, o la agustiniana verdad que habita en el centro del hombre.

Promesa cumplida cuando nos abandonamos al amor y a la nada en la que olvidamos toda angustia procedente de la pérdida del centro:

Sobreviene la angustia cuando se pierde el centro. Ser y vida se separan. La vida es privada del ser y el ser, inmovilizado, yace sin vida y sin por ello ir a morir ni estar muriendo. Ya que para morir hay que estar vivo, y para el tránsito, viviente...Y la vida se derrama del ser descentrado simplemente<sup>57</sup>.

Según Zambrano, el ser humano separado de toda referencia de su centro, vive su vida como un espectro, con la angustia de la separación de su sentir originario. Desorientado por la soledad, que no es abandono buscado de sí mismo como en el vacío sino extravío de la ruta vital. Todo descentrado se convierte, entonces, en un fantasma que deambula sin norte ni consuelo: «peor que un algo, despojo de un alguien»<sup>58</sup>. El centro es para María Zambrano, «la salvación de las contradicciones y negaciones hasta ahora señaladas en la situación del sujeto»<sup>59</sup>. Y el mejor viento que dirige la nave hacia el centro para dar comienzo una *vita nova* es el amor.

Un amor que le exige recorrer los últimos lugares del universo, más allá de las fronteras de lo que hoy se entiende por humano, del establecido concepto del hombre

---

<sup>57</sup> *Ibíd.*, 57.

<sup>58</sup> *Ibíd.*, 57.

<sup>59</sup> M. ZAMBRANO, *Notas de un método*, Editorial Tecnos, Madrid, 2011, 103.

nacido de la renuncia, de la reducción calculadora, hoy tan dada a perderse de vista, dejando a sus creyentes sin lugar alguna ya que no sea el de servirla. Y sin amor<sup>60</sup>.

### 3.3.3. *La metáfora del corazón*

Llegamos en este tramo de la senda a una cumbre que merece ser escalada y donde nos detendremos a disfrutar de todo el paisaje que alcanzarán nuestros ojos desde tan alto; pues muchos son los escritos, los ensayos y las obras que nos ha regalado María Zambrano sobre el corazón: «centro también el corazón porque es lo único que de nuestro ser da sonido»<sup>61</sup>.

Volvamos por un momento al inicio de todas las sendas de la razón poética, a la razón salvadora, comprensiva e integradora. Recordemos que Zambrano la ofrece como la única salida al rumbo extraviado de la humanidad que ha olvidado parte de sí misma, que ha abandonado su centro porque se ha olvidado de sus entrañas, de su corazón. La autora no es la primera que en la búsqueda de un saber sobre el alma, en el propósito de reencauzar la filosofía como este saber en lugar del triste saber de ciencias en el que se ha convertido, reclama un nuevo orden, el orden del amor, el *ordo amoris* de sus admirados Scheler, Pascal y Spinoza.

Sin embargo, al hombre actual sólo le interesa el pensamiento racional y ha arrinconado el saber superior del alma al que aspiraba la Filosofía desde sus comienzos. Se estudia la razón y la psique, y se olvida el alma que queda como reducto exclusivo para poetas y soñadores. Todo es sometido a fórmulas matemáticas pero, ¿y el alma?. Zambrano clama por esa razón poética o razón del corazón, reivindica «descubrir esas razones del corazón, que el corazón mismo ha encontrado, aprovechando su soledad y abandono»<sup>62</sup>.

Las razones del corazón fueron desechadas por el pensamiento actual, y se desterraron a los confines de los excluidos de la Razón, a poetas y místicos. Se olvidó, por lo tanto, la humanidad de sus entrañas y en concreto, de su entraña más preciosa, el corazón.

---

<sup>60</sup> *Ibíd.*, 73.

<sup>61</sup> M. ZAMBRANO, *Claros del bosque*, Espasa Calpe, Barcelona, 2004, 64.

<sup>62</sup> M. ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Editorial, Madrid, 2008 (séptima reimpresión), 34.

Repudiado y desterrado el corazón de todas las razones humanas, el hombre pierde la unidad, la sagrada unidad de su ser con su propia vida. Porque, en palabras de Zambrano, «el corazón es el símbolo y representación máxima de todas las entrañas de la vida, la entraña donde todas encuentran su unidad definitiva, y su nobleza»<sup>63</sup>.

No hay artículo ni escrito ni obra completa donde la autora no mencione o haga alguna alusión al corazón; ni ensayo o tertulia sobre el pensamiento de María Zambrano que no incluya como aspecto fundamental de su razón poética su *metáfora del corazón*. Consideraremos, no obstante, en esta senda cómo se trata esta metáfora en *Claros del Bosque*, aunque no por ello, dejemos de ayudarnos de las pistas, huellas y señales que otras obras nos han dejado para culminar este pico. El corazón será, a partir de ahora, la llave para acceder a lo más hermético de las sendas que nos quedan por recorrer pues si nos olvidamos de su compañía en las lecturas de *Claros del bosque* y de *De la Aurora*, jamás seremos capaces de comprender lo que María Zambrano nos quiere decir en estas obras.

Y es así cíclico el desarrollo de este pensamiento obediente al corazón, obediente al círculo, al vuelo concéntrico, a la espiral del ave en la sombra. Y es atención y escucha, respuesta a la matemática del Universo la misma reiteración de motivos: aurora, fuego, cielos, infiernos, música, amor, vuelo...<sup>64</sup>

Corazón como centro de sonido, creador de la música que nos arrastra en la dirección correcta hacia el fuego de la llama y la aurora de la siguiente senda de la razón poética. El corazón es llamada y profeta, reclamo de nuestro propio ser creador y germen de nuestros sueños. El corazón es cauce, hueco y vacío, y una vez más centro vital; el centro que cuando se pierde, nos separa de la vida.

La desgracia es, para María Zambrano, que una vez que se pierde el corazón en cualquier recodo del camino, es difícil volver a encontrarlo. Pues cuanto más ahínco se

---

<sup>63</sup> *Ibíd.*, 65.

<sup>64</sup> J. MORENO, “Las fórmulas del corazón”, *El pensamiento de María Zambrano*, Zero Cultural, Madrid 1986, 16.

dedique a su búsqueda, más difícil de encontrar será. Se hará necesario entonces el abandono de uno mismo en el vacío que vimos en el apartado anterior. De esta manera, olvidando lo que se está buscando y el porqué, el corazón reaparecerá y se dará sin haberlo pedido como la gracia del poeta. Recuperaremos de nuevo el centro, el centro creador y soñador, que nos permita salvar la vida espectral que llevábamos hasta ese momento y, reencauzarla en el lecho del río de la vida auténtica.

Se pierde el corazón y se hace inencontrable y más todavía si se le busca. Él reaparece trayendo algo que ofrece en una especie de anunciación. Pues que él anuncia algo, al par que anuncia de nuevo su presencia. Y se produce entonces una renovación, un recomenzar aunque sea lo mismo, como desde el principio. Mas si el corazón se pierde y tarda, hasta dejar el vacío de su ausencia, vuelve cansado, deshabitado, convertido en cosa, en un hecho. El hecho de una fatiga que prosigue. Y entonces lo que anuncia es ya una perdición<sup>65</sup>.

No sólo es el corazón centro que «atrae, recoge en torno todo lo que anda disperso» si se le cuida, o desparrama la vida cuando es perdido; también el corazón es el sustento del vacío exigido para una vida nueva. Extraño sustento y fundamento del vacío y de la nada, una entraña, víscera al fin y al cabo, cuerpo y materia. Como ya vimos anteriormente, el corazón, como centro creador y musical, se abre al abismo de la nada y atrae con su latido hipnotizante a todos aquellos que se dejen llevar por la música del corazón. Y para eso, de nuevo, hay que abandonarse, no pedir nada ni buscar la respuesta a ninguna pregunta; para que al fin encontremos en el camino la verdad, encontrada sin ser buscada, encontrada siguiendo la armonía primaria del latir de nuestro corazón, siendo fiel a la música que se crea en el centro de nuestro ser. Recemos, pues, por que nos libren de la «sordera del corazón que, protegiéndolo, lo traiciona»<sup>66</sup>.

---

<sup>65</sup> M. ZAMBRANO, *Claros del bosque*, Espasa Calpe, Barcelona, 2004, 70.

<sup>66</sup> *Ibíd.*, 76.

Y así, si se es fiel a este sentir que funda el simple percibir de la pulsación de un corazón como centro de nuestra vida, queda su reiteración como victoria que se alza, la victoria de nuestra vida, como su señorío único, sin palabra alguna. Contra ello toda razón queda sin razón alguna, mientras la verdad se le acerca como prometida. Sólo como prometida, que no admite tan pronto ser desposada, que aguarda aún. Y al ser así defiende a este centro que late en el confín mismo, estando como todavía se le siente, encerrado. Mas ya no se siente perdido en extranjera tierra, en la indefinible tierra, en la frontera. La blanca presencia, apenas perceptible, de la promesa de la verdad, le guarda<sup>67</sup>.

Por último, llegados a este alto mirador de la senda, no olvidemos que esta entraña no es nada sin la savia que le es propia: el amor. Savia que se produce sólo gracias al trabajo duro de conocerse a sí mismo, «de desentrañarse y desentrañar».

Mas, antes de llegar el corazón a esa asunción suprema que es el amor, aún le queda mucho trabajo. Trabajo oscuro y sin expresión alguna, a lo menos sin palabras, que el amor al fin, las encuentra siempre<sup>68</sup>.

Y entonces, también habría que preguntarse si el amor procede del ser o de la vida por separado. Mas preguntar no se puede cuando se siente y se sabe que el amor procede al par del ser y de la vida, y los une en nupcias múltiples. Que el amor es nupcial siempre que por él el ser viviente se encamine y por algún instante viva la unidad perdida entre el ser y la vida<sup>69</sup>.

---

<sup>67</sup> *Ibíd.*, 72.

<sup>68</sup> M. ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Editorial, Madrid, 2008 (séptima reimpresión), 67-68.

<sup>69</sup> ZAMBRANO, María, *Claros del bosque*, Fondo de Cultura Económica, Espasa, Barcelona, 2004, 156.

### 3.3.4. *Los claros del bosque*

Como una ofrenda, en palabras propias de María Zambrano, se aparece el claro del bosque al caminante.

No hay que buscarlo. No hay que buscar. Es la lección inmediata de los claros del bosque: no hay que ir a buscarlos, ni buscar nada en ellos. Nada determinado, nada consabido...Y queda la nada y el vacío que el claro del bosque da como respuesta a lo que se busca. Mas si nada se busca, la ofrenda será imprevisible, ilimitada. Ya que parece que la nada y el vacío – o la nada o el vacío – hayan de estar presentes o latentes de continuo en la vida humana. Y para no ser devorado por la nada o por el vacío haya que hacerlos en uno mismo, haya a lo menos que detenerse, quedar en suspenso, en lo negativo del éxtasis<sup>70</sup>.

Para Zambrano, el claro del bosque debe entenderse como ese momento entre pensamiento y sentimiento en el que se piensa, en el que se descifra lo que siente, ese «sentir originario» tan ansiado. Se trata del momento sublime en el que se alcanza la vida verdadera, el instante eterno de las nupcias del ser y la vida. Momento sublime, instante eterno tantas veces soñado y deseado, cuyo logro produce un miedo atroz que sólo los más valientes de corazón podrán vencer. Terror al abismo de la pérdida, que no es la pérdida del corazón que vimos anteriormente, sino el vacío de la nada que nos conduce al centro. Porque quién nos asegura que ese vacío nos conduce al centro deseado, cuando no vemos nada, ni horizonte ni huellas en el camino, sólo la nada cual niebla paralizante.

Y el temor del éxtasis que ante la claridad viviente acomete hace huir del claro del bosque a su visitante, que se torna así intruso. Y si entra como intruso, escucha la voz del pájaro como reproche y como burla: “me buscabas y ahora, cuando te soy al fin propicio,

---

<sup>70</sup> *Ibíd.*, 11.

te vuelves a ese lugar donde respirar no puedes”, o algo por ese estilo suena en su desigual canto<sup>71</sup>.

En la obra de María Zambrano nos encontramos con los claros del bosque justo al inicio. Sin embargo, en el ir por esta segunda senda lo he querido dejar para el final de la senda. A modo de resumen de todo lo que se ha visto ahora, como meta de una senda donde te puedes topar con un claro en el momento más inesperado, y no por ello, menos esperado. Porque no buscaremos el claro, como nos aconseja la autora, sino que seguiremos las pistas dadas en los anteriores apartados para encontrarlo por casualidad y casi sin quererlo. Resumiendo los pasos dados hasta ahora: debemos abandonarnos a la nada y al amor, buscar un momento de vacío para conectar con nuestro centro; y restablecer, así, el equilibrio ser y vida en nuestro interior. Siguiendo así las huellas de la razón poética se nos regalará un claro del bosque, y otro, y otro. Y en ese hallarse en el claro sin haberlo buscado será necesario superar la última prueba, dejar de preguntar y abandonarse a la poesía, poesía creadora de palabra, y al mismo tiempo, poesía pensamiento. Porque el sentir originario es un destello de luz que sólo se puede percibir en el claro del bosque, fulgor de plenitud, donde la vida verdadera nos sorprende entre la espesura en la que andábamos confusos y perdidos.

Más el vivir humanamente, parece ser que sea eso, que consista en eso, en un anhelar y apetecer apaciguados por instantes de plenitud en el olvido de sí mismo, que los reavivan luego, que los reencienden. Y así seguirá, a lo que se vislumbra, inacabablemente<sup>72</sup>.

En su razón poética, cada vez más mística y cargada de metáforas, María Zambrano describe los claros del bosque como esos momentos de revelación en los que creemos sentir plenamente la vida. El claro del bosque nos ofrece así un nuevo modo de conocimiento, una nueva visión que sólo es posible una vez desenmarañados de la

---

<sup>71</sup> *Ibíd.* 12

<sup>72</sup> *Ibíd.*, 30.

maleza que ralentizaba nuestro caminar. Reivindica una vez más la autora, la razón poética como un medio de conocimiento integrador frente a las corrientes racionalistas y matemáticas con las que nunca nos hubiera sorprendido un claro del bosque en el camino. Porque esperamos hallar con ellas sólo lo que conocemos en nuestro plano científicamente confeccionado sin perdemos en nosotros mismos, tan atentos que estamos a que el camino cumpla con nuestras racionales expectativas. Como advierte la autora al comienzo de esta senda:

«El claro del bosque es un centro en el que no siempre es posible entrar; desde la linde se le mira y el aparecer de algunas huellas de animales no ayuda a dar el paso. Es otro reino que un alma habita y guarda. Algún pájaro avisa y llama a ir hasta donde vaya marcando su voz»<sup>73</sup>.

Una vez llegados al primer claro del bosque no cabe aflojar la marcha y quedarse allí de por vida, sino que debemos proseguir nuestro recorrido del mismo modo que continuamos transitando por nuestra vida: «Y luego hay que seguir de claro en claro, de centro en centro, sin que ninguno de ellos pierda o desdiga nada»<sup>74</sup>.

### 3.4. De la Aurora

La última senda de la razón poética que hemos elegido para nuestro viaje iniciático en el universo de Zambrano es, sin duda alguna, la más compleja, poética y mística de las que hemos recorrido hasta ahora. Caminando por esta senda, daremos con lugares o conceptos comunes que a buen seguro, nos recordarán otros parecidos que ya nos salieron al encuentro en este errar vagabundo. Nos ayudaremos de ellos para seguir el camino elegido pues son tan complicadas sus revueltas de metáforas y símiles místicos, que hay momentos en los que la renuncia nos tienta por muchas promesas que ofrezca esa Aurora, con mayúsculas, de la que escribe María Zambrano en el crepúsculo de su vida.

---

<sup>73</sup> *Ibíd.*, 11.

<sup>74</sup> *Ibíd.*, 13.

No se me ocurre mejor descripción de esta sensación que estas líneas con las que doy por casualidad al abrir de nuevo este libro:

Parece ser lo impenetrable el signo de la montaña, de esa que obliga a desviar el camino o a darle la vuelta o, más afortunadamente, darle la vuelta hasta que impensadamente se encuentra un paso que lleva hacia arriba; un reguerillo seco puede ser, un reguerillo de agua que siempre tiene un cauce<sup>75</sup>.

Como «siempre hay un paso que lleva hacia arriba» no se admite la rendición cuando estamos tan cerca de la meta; y para no abandonar en el último repecho del sendero, justo a unos metros de alcanzar el collado desde donde admirar el paisaje que nos está esperando, recordemos las lecciones de nuestra guía en esta peculiar ruta. Abandonémonos a la nada, dejemos las preguntas, escuchemos de nuevo el latido del corazón cuya música rechazamos por seguir otras melodías más racionales; y dejémonos llevar por la belleza de las palabras, sin insistir en querer entender su significado metafórico, simplemente dejémonos llevar, y sin darnos cuenta, superaremos el último repecho para admirar desde la cumbre la Aurora, sí, la aurora con mayúsculas.

### **3.4.1. *La Aurora***

Como se ha dicho, encarando este último tramo del recorrido, las fuerzas flaquean al llegar a la parte más escarpada, al precipicio asomándose a un abismo de conceptos crípticos que no se abren al entendimiento en una primera lectura. Llega a desesperar esta situación y antes casi de llegar a la mitad de esta tercera senda parece imposible darle un sentido adecuado a las cuestiones tratadas en esta obra. Conviene recordar los consejos simplemente revelados o presentidos gracias a la música literaria que nos dictaba el rumbo: no insistir en las preguntas sino hacer un espacio en nuestro interior, dejar un espacio para dar cabida a lo que se vaya revelando a través de la palabra

---

<sup>75</sup> M. ZAMBRANO, *De la aurora*, Tabla Rasa, Madrid, 2004, 167.

escondida en estos textos. Así, intentaremos explicar qué es la Aurora para María Zambrano y cómo podemos atisbar su raya en el horizonte los recién iniciados. En este ir de la razón poética no hacemos más que contemplar la realidad, reflexionar sobre ella y plasmar nuestras reflexiones en palabras. Tengamos en cuenta ello ahora para alejar cualquier miedo que se presente cuando las palabras de esta tercera senda nos abrumen por sus combinaciones imposibles.

Como comienzo de esta senda auroral, señalaremos que la filósofa contrapone el reino de la Aurora con el reino del sol. Se puede adivinar en esta distinción una crítica a la razón y la filosofía imperantes que, en esta senda, gobiernan con el cetro del reino del sol. Así, bailando con las palabras, los símiles y las metáforas, Zambrano pretende hacernos ver que la filosofía, el pensamiento nacido en origen como cauce de vida, y por lo tanto, pensamiento auroral para María; se ha convertido en razón dominante e intransigente como el reino del sol cuando este astro muestra su mayor apogeo en los cielos. Como consecuencia de ello, la esperanza que traía ese pensamiento, esa razón del alba, se transforma en implacable luz solar que impera por todos los rincones del planeta, al convertir la razón en poder y gloria material que no admiten ni crítica ni revisión. Bajo el reinado del sol, por lo tanto, parece que sólo se admite un sistema de pensamiento, único y dominador.

Y se pregunta la autora: si la aurora es presagio de luz y de sabiduría del astro que se está levantando en el horizonte, ¿por qué tiene que ser así el reino del sol?

El reino del sol podría ser cumplimiento de las promesas adivinadas en la aurora. No obstante, para ello, debería abdicar de sus ansias de poder y marchar por los callejones oscuros de su reino, donde se confinaron los sentidos, para recoger a los olvidados de su reino y reconocerles sus derechos al trono. Porque, en propias palabras de Zambrano, «sólo en las penumbras, en las sombras, anida la liberación, para el mismo sol, de ese su propio reino que le aprisiona, a él mismo, con su propio poder»<sup>76</sup>.

---

<sup>76</sup> M. ZAMBRANO, *De la aurora*, Tabla Rasa, Madrid, 2004, 178.

Marchemos, pues, al encuentro de esas penumbras y claroscuros que liberen a la razón imperante, al sistema de pensamiento rígido y encorsetado de Occidente, de sus propias ligaduras. Para ello, en esta tercera senda será necesario caminar hacia el horizonte donde se vislumbre la primera luz del prometido reino de la aurora.

No es aparición fugitiva, aunque reiterada, la Aurora. Ella tiene su reino como si fuese lo que ha quedado de un mundo perdido, prometido y nunca enteramente habido. Su significación metafórica alude casi de continuo a un comienzo, a una nueva vida, o a un nuevo conocimiento y no enteramente predecible; no es una utopía, ni puede, por tanto, ser un itinerario, un método a desarrollar, a seguir. Su acción es de otro género; seguirla sería, si se pudiera, encontrar una nueva vía al conocimiento<sup>77</sup>.

Una vez más, nos topamos en el camino con el hito en el que ya reparamos en la senda anterior: el comienzo de una vida nueva, el reiterado “incipit vita nova”, lema en casi todas las obras de María Zambrano. Como ya vimos, no se trata sólo de una vida nueva sino de un nuevo conocimiento, un conocimiento integral de la realidad, que trate como iguales razón y sentimientos. Porque si no se nace a esta nueva vida y a este nuevo conocimiento, la humanidad seguirá llorando por ese centro perdido, seguirá deambulando cual espectro sin hacerse cargo de su propia existencia. Pues el mismo pensamiento que ideó como cauce de vida, como rumbo de su existencia, la atenaza y la aprisiona sin dejarle salir a recorrerla. Por consiguiente, el comienzo de la nueva vida sólo será posible, en opinión de Zambrano, si se abraza la razón poética; y en el calor de este abrazo se arrullará a la Aurora:

Así pues, el conocimiento que aquí se invoca, por el que se suspira, este conocimiento postula, pide que la razón se haga poética sin dejar de ser razón, que acoja el “sentir

---

<sup>77</sup> *Ibíd.*, 182.

originario” sin coacción, libre casi naturalmente, como una *fysis* devuelta a su original condición. Así la aurora se nos aparece como la *fysis* misma de la razón poética<sup>78</sup>.

Siendo la Aurora la naturaleza misma de la razón poética, y haciendo un paralelismo con la Naturaleza, describe Zambrano el rocío como las lágrimas de la Aurora, siendo estas lágrimas consecuencia del «llanto por la razón».

Así que la Aurora, al serlo de la razón, y del ser y de algo no habido y sin nombre, y del sentir y de los sentires, es ante todo llanto, ese llanto en que la Aurora se manifiesta, pues que cuando no lo hace no se le consiente que ni por un momento lllore: las lágrimas de la Aurora<sup>79</sup>.

Consideremos aquí todas las correspondencias que nos presenta la filósofa-poeta en esta tercera senda, entre su pensamiento y la naturaleza: el rocío como lágrimas de la Aurora; la Aurora como «raíz, flor y árbol, alma del sentir originario»<sup>80</sup>; Aurora aparecida «por un instante en un apenas charco de agua, en el reflejo de una rama apenas nacida, en el vaivén de un viento que no mueve nada, de un movimiento que es también quietud»<sup>81</sup>; o las montañas, piedras y ríos del capítulo *Geografía de la Aurora*<sup>82</sup>. Todas ellas insisten en trasladarnos una llamada de vuelta a la naturaleza. María Zambrano no sólo reclama un retorno, eterno retorno, al sentir originario sino también el regreso a la *fysis*, al cosmos. Sin el conocimiento de lo que le rodea, sin esa vuelta a las cosas ya demandadas por los fenomenólogos, difícil será aprehender la realidad tal cual es.

---

<sup>78</sup> *Ibíd.*, 56.

<sup>79</sup> *Ibíd.*, 42.

<sup>80</sup> *Ibíd.*, 51.

<sup>81</sup> *Ibíd.*, 43.

<sup>82</sup> *Ibíd.*, 167.

Lo que aparece, o el resultado al que hemos llegado en estas breves páginas, que más breves aún querrían serlo, es que la Aurora, que nos ha ofrecido la posibilidad de ser un conocimiento propiamente filosófico, una *episteme*, nos impone inexorablemente su condición de pertenecer al mundo de lo cognoscible. Desde el primer momento en que se la mira nos mira ella a su vez pidiéndonos, requiriéndonos, el que la miremos como la clave de la *fysis*, del cosmos, pues, y de este su habitante; que aquel que la mira siguiéndola vaya encontrando a través de ella un “puesto en el cosmos”. Por tanto exige ella una actitud del hombre acerca de su propio ser, un conocimiento de su lugar que le conduce al encuentro de su propio ser<sup>83</sup>.

Postula, por lo tanto, María Zambrano, un nuevo renacer y un nuevo conocimiento que brote, cual manantial de vida, de los sentidos del ser humano. De esos sentidos de los que la razón imperante se ha despreocupado en los últimos siglos, cuya vida «se ha ido reduciendo a medida que la razón occidental se yergue». La razón naciente que promete la Aurora nos entrega un horizonte amplio e ilimitado donde superar la estrechez de miras de una mente matemática. Aurora como esperanza salvadora de la noche de los sentidos que nos ha distanciado de nuestro centro, de nuestra vida y nuestro ser.

Abiertos el corazón y la mente a este nuevo conocimiento, alertas los sentidos en la hora más oscura de la noche, sólo queda esperar la raya de luz en el horizonte que anuncie la Aurora. Y esta vez, el anuncio será también renacer para cada ser humano, pues la Aurora no sólo es un nuevo conocimiento de la realidad y del cosmos sino que debe ser también guía de vida en sí misma. Guía de vida que nos libere de la angustia, epidemia de la humanidad occidental actual.

En el ser humano, como se sabe, anda la luz escondida en las tinieblas, siendo ella, la luz, lo inicial. Y así la Aurora es no el comienzo, sino el centro del día en medio de la noche, el día-noche, la luz, tinieblas que luego se separan sin perderse la una en la otra. La vida misma, pues<sup>84</sup>.

---

<sup>83</sup> *Ibíd.*, 50-51.

<sup>84</sup> *Ibíd.*, 76.

La Aurora de Zambrano se manifiesta así como la promesa cumplida de sus sueños más deseados: una nueva vía de conocimiento que no es otra cosa que ese cauce de vida, lecho en el que debe reencauzarse la Filosofía para navegar sobre ella hacia la felicidad.

### 3.4.2. *La aurora de la palabra*

He aquí un tema recurrente en todas las sendas de la razón poética: la palabra, palabra perdida o escondida, palabra del poeta o palabra liberada del lenguaje, la palabra mediadora y salvadora. Como ya se expuso anteriormente, uno de los principales rasgos que diferencia el pensamiento de María Zambrano de sus maestros o coetáneos es el uso del lenguaje. La razón poética dejaría de ser lo que es si intentáramos interpretar su contenido sin atender a la poesía y a las palabras que se nos ofrecen como envoltorio precioso del mismo. No olvidemos que al recorrer estas sendas hicimos ya la elección del camino del poeta y, como descubrimos en la primera senda, el poeta vive prendido a la palabra, se consagra y se consume en ella. Consumámonos, pues, en las palabras de la razón poética, y dejémonos poseer y embriagar por ellas. Porque, parafraseando a Zambrano, las palabras pertenecen al lenguaje sagrado y por ello, no son solo pura poesía sino misteriosa verdad.

Misteriosa verdad, que como ya vimos en la senda anterior, se nos regala en el centro de nuestro ser, de donde nace el verdadero conocimiento, « “el diálogo silencioso del alma consigo misma” que busca aún ser palabra, la palabra única, la palabra indecible; la palabra liberada del lenguaje»<sup>85</sup>.

Y al ser esa verdad revelada en nuestro centro, la palabra cumple para María Zambrano una función mediadora entre nuestro ser y el mundo que nos rodea. Por ello, si apresamos la palabra en la red del utilitarismo actual, si la mercantilizamos y cosificamos, la palabra se pierde y deja de cumplir su tarea sagrada:

---

<sup>85</sup> M. ZAMBRANO, *Claros del bosque*, Espasa Calpe, Barcelona, 2004, 58.

La palabra, criatura viviente desde el principio, nacida y danza en corro, no puede detenerse, perdería su vida convertida en cosa, anticipando el objeto que, devorada y borrada por la historia, ha llegado a ser para todos disponible, utilizable, la sumisa y sin aliento, la que se cae apesadumbrada, en la falda de la inercia<sup>86</sup>.

Reivindica la autora, así, el carácter sagrado de la palabra, la necesidad de cuidar de ella o incluso, de venerarla pues «hubo un tiempo en que las palabras eran como dioses»<sup>87</sup>. Por ello, la desliga del lenguaje, es necesario liberar a la palabra de su función natural y utilitaria de lenguaje humano para que ésta pueda llevar a cabo su misión, pues, en propias palabras de Zambrano, la palabra es la garantía de la transcendencia del lenguaje mismo, y por ello, también del lenguaje filosófico. La palabra como revelación nos muestra el camino hacia la nada, hacia el centro, que nos acompaña en nuestro transitar de claro en claro del bosque:

Del claro, o del recorrer la serie de claros que se van abriendo en ocasiones y cerrándose en otras, se traen algunas palabras furtivas e indelebles al par, inasibles, que pueden de momento reaparecer como un núcleo que pide desenvolverse, aunque sea levemente; completarse más bien, es lo que parecen pedir y a lo que llevan<sup>88</sup>.

Pero no volvamos sobre nuestros pasos a recorrer otras sendas, estamos ahora en la senda de la Aurora, y en esta senda la palabra, además de revelación, es anuncio de la raya de la aurora. Anuncio porque la aurora sólo sigue a la noche, a la oscuridad; y según Zambrano, no basta la noche para anunciar la aurora. Considerando la noche o la oscuridad anterior a la aurora, una noche de los sentidos, la palabra verdadera al ser pura expresión del sentir originario, lleva en sí misma el germen del fin de la oscuridad de los sentidos.

---

<sup>86</sup> M. ZAMBRANO, *De la aurora*, Tabla Rasa, Madrid, 2004, 94.

<sup>87</sup> *Ibíd.*, 107.

<sup>88</sup> M. ZAMBRANO, *Claros del bosque*, Espasa Calpe, Barcelona, 2004, 85.

Porque en la noche del sentido germina la aurora de la palabra. Y así, cuando las palabras han germinado durante la noche del sentido aparecen, son ellas mismas la sustanciación positiva, en este lugar, de la diosa Aurora, de lo divino que aparece y se cela en la Aurora; la manifestación de la palabra misma, de ella que no es lenguaje aunque lo sustente y le dé vida. La palabra que da vida por la luz<sup>89</sup>.

No obstante, como advierten algunos estudiosos del pensamiento de Zambrano, conviene estar alertas y no dejarnos confundir por las palabras engarzadas en una composición poética o musical, tal como nos las encontramos a lo largo de estas sendas. Corremos el riesgo, así, de olvidar su misión sagrada, extasiados por su belleza; y de enredarnos en la trampa de una danza sin fin que nos retenga para siempre a mitad del camino. La palabra es *germen de vida y ser*, revelación por tanto de lo que se busca sin buscarse, anuncio de lo que se espera al final del camino de la razón poética: la fusión de pensamiento y corazón, los desposorios de la vida y el ser. Por ello, «la completa aurora de la palabra sería la aparición de esa palabra única llamada “palabra pedida” en las tradiciones derivadas de la Tradición»<sup>90</sup>. Es decir, la aparición de la palabra antes de someterse al imperio del sol y de la razón, esto, es al historicismo y al olvido forzado de la vida. La palabra, otra vez, como germen de vida auténtica, unificadora de pensamiento y acción, de consciente e inconsciente.

### 3.4.3. *La llama de la Aurora*

Otro símbolo presente en toda la obra de María Zambrano es la llama. En *Claros del Bosque* ya la menciona aunque no le dedica tantas líneas, alusiones y referencias como en *De la Aurora*. Por ello, bien merece un alto en el recorrido de esta tercera senda.

La llama en *Claros del Bosque* se nos aparece como «llama que funde el sentido hasta ese instante ciego con su correspondiente ver, y con la realidad misma que no le ofrece

---

<sup>89</sup> M. ZAMBRANO, *De la aurora*, Tabla Rasa, Madrid, 2004, 110.

<sup>90</sup> *Ibíd.*, 142.

resistencia alguna»<sup>91</sup>. En unos breves párrafos dedicados a la visión, la visión revelada de la realidad, María Zambrano nos presenta una llama que se enciende cuando liberados de las constricciones racionales y ayudados de los sentidos, captamos la realidad tal cual es. La llama se enciende así, «la visión como llama», y se consume «iluminando, vivificando, alzando sin ocupar por eso todo el horizonte disponible del que mira»<sup>92</sup>.

*De la Aurora* nos ofrece a lo largo de su recorrido muchas más «llamas»: llama anuncio de la Aurora, llama que arde en el corazón, llama sagrada del centro que se enciende y se consume. Llama que se eleva «como una pregunta que es en su arder una respuesta»<sup>93</sup>; respuesta que no es otra sino el amor. Porque la llama precursora del alba sólo se enciende con amor, el amor que engendra y que fecunda la Aurora, esa «luz que redime las tinieblas, inimaginable luz, pero lo único que apacigua y apetece el inquieto corazón de toda criatura». Se adentra así Zambrano, de la mano de su admirado San Juan de la Cruz, en la más mística de sus sendas siguiendo el fulgor de la llama encendida del amor.

Paralelamente a la llama, seguir la llama sin entrar en ella mas perdiéndose en ella. Perderse sin quedar prisionero, riesgo que corre el adentrarse en toda cavidad. Y no es cavidad ni gruta la llama, y por eso mismo es guía de verdadero amor<sup>94</sup>.

Si en la senda anterior era el amor quien abría la espesura para impensadamente encontrarnos con un claro del bosque; en esta última senda, la autora nos recuerda que no seremos nunca merecedores de la luz de la Aurora si no ejercitamos la razón como razones de amor. Reivindicación, una vez más, del “ordo amoris” pero esta vez, reivindicación críptica y oscura a pesar de la prometida luz blanca y silenciosa que irradia la llama de la Aurora. Así, la práctica del arte de amar se exige no sólo como

---

<sup>91</sup> M. ZAMBRANO, *Claros del bosque*, Espasa Calpe, Barcelona, 2004, 51.

<sup>92</sup> *Ibíd.*, 51.

<sup>93</sup> M. ZAMBRANO, *De la aurora*, Tabla Rasa, Madrid, 2004, 153.

<sup>94</sup> *Ibíd.*, 156.

método para llevar una vida auténtica y reencontrar el centro perdido; sino también como nuevo método de aprehensión de la realidad y de reflexión sobre la misma. Razones de amar, en suma, como nueva y renacida filosofía de la Aurora.

Por todo ello, cuando al final de esta obra, la autora rinde homenaje a los filósofos que considera seres de la Aurora, Ortega y Gasset y Nietzsche; Zambrano defiende la condición auroral de Ortega, por ejemplo, alegando como evidencia definitiva su fidelidad al ejercicio del amor:

Y el ejercicio de la razón, al que siempre fue fiel, en este su origen, es para él, declaradamente, un ejercicio de amor: se imponía, pues, al pensamiento el ofrecer, como razón, razones de amor. Un logos que constituye un punto de partida indeleble para mi pensamiento, pues que me ha permitido y dado aliento para pensar, ya por mí misma, mi sentir originario acerca de un *logos* que se hiciera cargo de las entrañas, que llegase hasta ellas y fuese cauce de sentido para ellas<sup>95</sup>.

Pensamiento, y llama también, que «por su lucir irremediable se da a ver, y sigue la suerte de la llama y de la aurora»<sup>96</sup>. Llama pensamiento que se ofrece como alimento de vida auténtica, llama pensamiento que ilumina el camino hacia el centro del ser. Llama que se consume permitiéndonos la visión de la realidad auténtica. Llama que se enciende en el corazón que ama esperando la verdadera Aurora. Llama que cuando se extinga dejará el rescoldo de la visión de los sentidos para que no se olvide que en su propio arder, se vivió la promesa cumplida de la Aurora. Aurora que vuelve una y otra vez, eterno retorno, siempre que nos consumamos con esta llama de pensamiento, amor y vida.

Llega el alba la primera, apenas claridad que borra antes que deshace las tinieblas, silenciosa aún. La hora de la libertad, el interregno donde todo es posible, todo es el amor

---

<sup>95</sup> *Ibíd.*, 187.

<sup>96</sup> *Ibíd.*, 160.

que obedece sin sentirlo, el reino entre los dos reinos de la luz y de la oscuridad. El reino que no lo es porque no hay más imperativo que el del amor que no se sabe, el bienaventurado amor aún sin sombra. Amanece<sup>97</sup>.

#### 4. CONCLUSIONES

Recorridas las tres sendas elegidas de la razón poética, comienza la aventura de transitar por la ruta vital propia; por el camino recibido por cada persona que, en palabras de María Zambrano, «es el camino que vale más llamar sendero, vereda, vericuetto, trocha o camino de sirga, el camino recibido por el hombre y sólo ensanchado, cuando se puede, allanado a fuerza de ser recorrido»<sup>98</sup>. Senda vital para la cual Zambrano nos ofrece su razón poética a modo de guía. Porque «el sendero recibido puede ser largo, escarpado y amenazador»<sup>99</sup>, y sin un guía será muy difícil bordear los abismos sin quedarnos enriscados, paralizados por el terror y el vértigo. Consideremos a continuación, las cuestiones más relevantes tratadas en este trabajo y como si de señales del camino se trataran, dejémonos conducir por ellas hasta llegar a la cima, sanos y salvos.

Como ya se dijo en la introducción, orientarnos por el compás de la razón poética requiere quietud y sosiego. Y esa quietud y sosiego que trato de lograr para acometer la última tarea de concluir este trabajo, se me escapan de las manos por mi denodado empeño en el mismo logro. Cuanto más insisto en encontrar las palabras adecuadas con las que resumir lo tratado hasta ahora, más me perturba y desespera las horas perdidas en ello, enriscándome casi al inicio de este camino. Recuerdo entonces las lecciones aprendidas en las sendas recorridas y vuelvo a transitar por ellas, para allanar de esta manera la ruta hacia el final de este recorrer.

Vacío, hay que abandonarse al vacío, dejar la mente en blanco, liberarla de todo esfuerzo mal dirigido y dejarse guiar por la música olvidada del corazón.

---

<sup>97</sup> *Ibíd.*, 92.

<sup>98</sup> M. ZAMBRANO, *Notas de un método*, Editorial Tecnos, Madrid, 2011, 79.

<sup>99</sup> *Ibíd.*, 79.

«Hay que sostenerse en ese vacío de la mente con un corazón firme. Y entonces, sólo entonces, es cuando aflora la respuesta; una respuesta todavía más precisa de la que creíamos tener. Entre la pregunta y la respuesta debe existir, de mediar, un vacío, una detención de la mente, una cierta suspensión del tiempo. Por varias razones, mas ante todo por ésta que ahora señalamos: que el corazón debe de asistir, en todos los sentidos de la palabra, al acto de responder algo. Porque responder es responder ante algo, presentarse ante algo. Y sin la asistencia del corazón la persona nunca está del todo presente»<sup>100</sup>.

Vacío silencioso que me permita escuchar mi propia intuición, relegada a otros confines de mi ser en un empeño obtuso por alcanzar galardones intelectuales. Quietud y silencio, razones de amor que no motivos de gloria; corazón que se expanda en el mismo hecho de escribir sobre una filósofa y una nueva razón que ha encendido una llama: llama luz de una nueva visión de sí mismo y del mundo por el que late segundo a segundo. Sólo de esta manera será posible recuperar el centro y, en ese espacio de quietud de pensamiento y corazón, devolver la inocencia a las palabras con las que pretendo dar fin a este trabajo sobre la razón poética de Zambrano. «Porque solamente siendo a la vez pensamiento, imagen, ritmo y silencio parece que puede recuperar la palabra su inocencia perdida, y ser entonces pura acción, palabra creadora»<sup>101</sup>.

Recuperado el centro perdido, desaparecerá el terror y la angustia de enfrentarse a una página en blanco y a unas conclusiones imperfectas.

Terror de perderse en la luz más aún que en la oscuridad, necesidad de la respiración acompasada, necesidad de la convivencia, de no estar sola en un mundo sin vida; y de sentirla, no sólo con el pensamiento, sino con la respiración, con el cuerpo, aunque sea el

---

<sup>100</sup> *Ibíd.*, 150.

<sup>101</sup> ZAMBRANO, María, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Editorial, Madrid, 2008 (séptima reimpresión), 49.

minúsculo cuerpo de un pequeño animal, que respira: el sentir la vida, donde está y donde no está todavía. En este “logos sumergido”, en eso que clama por ser dentro de la razón<sup>102</sup>.

Descubro así que es la razón poética sobre la que quiero escribir, la que sale al rescate revelándome las palabras adecuadas al momento del camino que llega a su meta. La razón poética que reclama ser atendida, y vivida, en unas reflexiones sobre el ser, el centro, el vacío, la palabra, los claros del bosque y la aurora.

Razón poética, la de Zambrano, que no se confía por entero a la poesía y al sentimiento sino que aboga por una fusión de los dos caminos descritos por la autora en la primera obra considerada en este trabajo, el camino del poeta y el camino del filósofo. Caminos divergentes en muchas etapas de la historia, pero que no pueden renunciar a confluir en el cauce de vida, de vida plena y auténtica para conseguir una humanidad completa y, liberada de su inútil trajín y su angustia existencial.

Razón poética, por lo tanto, que es integradora y comprensiva pues pretende explicar la verdad del ser humano desde una perspectiva que conjugue al mismo tiempo, razón y sentimiento, inteligencia y amor. Una razón que permite entender el mundo que nos rodea de forma diferente, y que amplía los horizontes en los que la humanidad puede seguir buscando esa verdad última tan añorada.

Razón poética que es mediadora y salvadora porque ofrece el renacer o resucitar a una vida nueva, a salvo de las garras atezadoras de la angustia y el horror al vacío que siente el hombre actual en su intenso ir y venir a ningún sitio, en sus ansias de encontrar respuestas a todas las preguntas tan sólo utilizando la mente.

El ir y venir, el deambular propio, congénito, del pensamiento, se alza como un obstáculo; es decir, no se trata propiamente del pensamiento, sino de esa especie de horror a la quietud para no caer en el vacío, o peor aún, en la nada. Es el horror que desata

---

<sup>102</sup> M. ZAMBRANO, *Notas de un método*, Editorial Tecnos, Madrid, 2011, 168.

el afán de llenar el tiempo y de tener un presente, una hora, de estar viviendo en el presente, que algunos filósofos han confundido con el pensar<sup>103</sup>.

Razón poética, por consiguiente, convertida en razón de vida, en nueva vía de conocimiento desbrozada por los latidos constantes del corazón, abierta por la iniciativa y arrojado del amor, amor que rasga y enciende el corazón, centro de vida y ser. «Ese centro que rige, tantas veces sin ser notado, se podría llamar amor; “*l’ amor qui move sole e le altre stelle*”, con que se cierra la *Divina Comedia*»<sup>104</sup>. Porque es el amor constante presente en todas las sendas de la razón poética abiertas por María Zambrano. Amor al que abandonarse para encontrar el claro del bosque que no se deja ver entre la espesura, amor que enciende la llama anuncio de la aurora; amor que embriaga al poeta y que perturba al filósofo que equivocó su rumbo al verse envuelto en las nieblas del racionalismo. Amor que consigue sin esfuerzo alcanzar esa felicidad buscada por la filosofía desde los albores de su historia.

Esas noches en que el amor sin nombre y sin figura envuelve y recrea el universo todo que se aparece sin lejanía, lúcido, mas sin herir con la luz; cuando la luz ha dejado de ser una herida y el amor se revela por sí mismo. Y así la felicidad se hace indecible, pues que no obedece a suceso alguno, no tiene causa, brota por sí misma. Se diría que sea la fuente misma de donde nace la Aurora y el cumplimiento mismo de su promesa, la noche de la Aurora fuente que deja siempre en el que la ha gustado una mínima gota de agua luminosa, en algún rincón oscuro de la noche del corazón. Noche y fuente que hace sentir que volverá, mas ya para siempre. Ya dentro del ser, en el mismo ser, y no su fenómeno ni su alteración<sup>105</sup>.

Camino del poeta, claro del bosque, aurora... no son más que diferentes nombres con los que convocar la meta deseada por cualquier senda de la razón poética: la vivencia

---

<sup>103</sup> *Ibíd.*, 121.

<sup>104</sup> *Ibíd.*, 102.

<sup>105</sup> M. ZAMBRANO, *De la aurora*, Tabla Rasa, Madrid, 2004, 172-173.

de esa plenitud, muchas veces anunciada en pequeñas señales de la Naturaleza pero pocas veces atendidas por ese humano temor a encontrar lo que se lleva buscando toda la vida. Palabra revelada y mediadora que en estas tres sendas consideradas, se ha manifestado en su dimensión más poética y mística, olvidando el normal estilo discursivo de otros filósofos. Y por todo ello, más razón poética que nunca.

Siguiendo las pautas de la guía Zambrano en este recorrido, y llegados al final del mismo, convendrá ahora dejar de hablar de la razón poética para transformar todas estas palabras en acción; tal como reclama la condición creadora de la palabra revelada en el camino del poeta, en el claro del bosque o en la luz de la aurora. Y si esta nueva vía de conocimiento resulta lo suficientemente atractiva como para explorarla y asumir todos los riesgos de la expedición, emprender nuestro propio viaje filosófico:

A emprender el viaje que le llevaría a ir más allá de la luz recibida, a filosofar, aunque a la filosofía renuncie – y todavía más cuando renuncia-. Solamente cuando se acalla toda palabra, cuando se olvida todo sentir, en ese instante de la luz naciente, sólo entonces, si se pudiera, lo impenetrable del ser ante la luz cesa, un solo instante sin ser de sólo, por desventura notado<sup>106</sup>.

---

<sup>106</sup> *Ibíd.*, 87.

**ÍNDICE ONOMÁSTICO**

- Alighieri, Dante, 35.
- Aristóteles, 8, 23.
- Baudelaire, Charles, 16, 31.
- Dieste, Rafael, 14.
- Jiménez de Asúa, Luis, 10.
- Kant, Immanuel, 8.
- Kierkegaard, Søren, 21, 31, 32.
- Lezama, José, 12, 16.
- López Aranguren, José Luis, 11, 12.
- Machado, Antonio, 7.
- Molinos, Miguel de, 38, 39.
- Nietzsche, Friedrich, 57.
- Ortega y Gasset, José, 8, 9, 10, 11, 12, 14, 17, 36, 57.
- Pascal, Blaise, 41.
- Platón, 21, 22, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31.
- Plotino, 9.
- San Agustín, 4.
- San Juan de la Cruz, 30, 35, 37, 53.
- Santa Teresa de Jesús, 30, 41.
- Scheler, Max, 9, 41.
- Schelling, Friedrich, 30.
- Spinoza, Baruch, 9, 14, 41.
- Unamuno, Miguel de, 10.
- Valéry, Paul, 31.
- Zambrano, Blas, 7, 8.

**BIBLIOGRAFÍA**

ALONSO, MONIQUE, *Antonio Machado, Poeta en el exilio*, Anthropos Editorial del Hombre, Barcelona, 1985.

BUNDGAARD, ANA “Ética y estética de la razón poética”, *Filosofía y literatura en María Zambrano*, Pedro Cerezo (ed.) Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2005.

FERNANDEZ MARTORELL, CONCHA, *María Zambrano: entre la razón, la poesía y el exilio*, Ediciones de Intervención cultural, Barcelona, 2004.

GÓMEZ CAMBRES, GREGORIO, *El camino de la razón poética*, Editorial Ágora, Málaga, 1992.

SAVATER, MORENO, AMORÓS, MARÍ, MUÑOZ, CIORÁN ET AL., *El pensamiento de María Zambrano*, Zero Cultural, Madrid, 1983.

SUANCES MARCOS, Manuel, *Historia de la filosofía española contemporánea*, Editorial Síntesis, Madrid, 2010.

ZAMBRANO, María, *Claros del bosque*, Espasa Calpe, Barcelona, 2004.

ZAMBRANO, María, *De la Aurora*, Tabla Rasa, Madrid, 2004.

ZAMBRANO, María, *Filosofía y poesía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010 (quinta reimpresión).

ZAMBRANO, María, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Editorial, Madrid, 2008 (séptima reimpresión).

ZAMBRANO, María, *La razón en la sombra*, Siruela, Madrid, 2006

ZAMBRANO, María, *Islas*, Editorial Verbum, Madrid, 2007.

ZAMBRANO, María, *Notas de un método*, Editorial Tecnos, Madrid, 2011.